



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Filosofía

**El poder mutacional: un recorrido
desde el poder soberano hasta las
sociedades de control.**

Diego Clemente Rodríguez

Tutora: María García Pérez

**Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de
la Ciencia, Teoría e Historia de la Educación,
Filosofía Moral, Estética y Teoría de las Artes**

RESUMEN

Esta investigación tiene como objetivo la exploración del poder a través de las diferentes mutaciones que ha venido realizando desde la modernidad hasta nuestros días. Para ello utilizaremos como hilo conductor las formas de poder expuestas por Foucault y Deleuze en *Vigilar y Castigar* y *Mil Mesetas* respectivamente. Desde un análisis de sus conceptos —disciplina, biopoder, control— se buscará una definición abierta sobre el poder en base a tales mutaciones.

PALABRAS CLAVE

Foucault, Deleuze, soberanía, disciplina, biopoder, control, rizoma

ABSTRACT

This research aims to explore power through the various mutations it has undergone from modernity to the present day. To that end, it follows as a guiding thread the forms of power presented by Foucault and Deleuze in *Discipline and Punish* and *A Thousand Plateaus*, respectively. Through an analysis of their concepts —discipline, biopower, control— the study seeks an open definition of power based on these transformations.

Índice

Capítulo 1: Foucault y las sociedades disciplinarias.....	5
1.1 Del poder soberano al disciplinario	5
1.2 Cuerpos y almas dóciles.....	8
1.3 Técnicas disciplinarias.....	10
1.4 Instituciones disciplinarias.....	13
1.5 Panoptismo	17
1.6 Conclusión: Sobre la vigencia de la sociedad disciplinaria	19
Capítulo 2: Entre la disciplina y el control, mutaciones del poder	20
2.1 El biopoder	21
2.2 Entre Foucault y Deleuze: una nueva lógica de poder	24
Capítulo 3: Deleuze y las sociedades de control	28
3.1 Post-criptum sobre las sociedades de control.....	29
3.2 Rizoma, cuerpos sin órganos y la sociedad de control	34
3.3 Aparato de captura y de estado: dispositivos del control	38
3.4 Micropolítica y segmentaridad: formas invisibles de poder en la sociedad de control	41
3.5 La máquina de guerra y el deseo	46
Conclusión: Axiomas del poder y rehabilitar la vida.....	51
Bibliografía	57

INTRODUCCIÓN

Desde que existe un pensamiento sobre lo político el poder ha gravitado como centro de las reflexiones de los filósofos y escritores. Desde Platón hasta nuestros días pasando por Hobbes, Maquiavelo y Rousseau, entre otros, se han sucedido los intentos por hablarnos del poder de una u otra forma mostrando sus múltiples caras y aristas pero sin llegar a un consenso para dibujar su silueta

El poder es confuso. Por un lado se muestra grandioso, responsable de las dinámicas sociales y políticas luciéndose hasta en el último rincón de lo humano, pero por el otro se muestra escurridizo, esfumándose a cada momento que se le señala mientras va dejando tras de sí un rastro ectoplasmático de relaciones, instituciones, saberes y dispositivos.

Este trabajo no busca hacer teoría sobre el poder, no será para nosotros un objeto de conocimiento. Nuestra labor será cartográfica: dejaremos que el poder mute, se deslice e infiltre para observarlo como si de un cultivo de bacterias se tratase. Descubriremos así su capacidad de mutación en formas cada vez más complejas, silenciosas y sutiles.

Este viaje comenzará de la mano de Michel Foucault. Su método arqueológico le hizo pionero en el análisis del poder como una entidad dinámica, una que no se posee sino que se ejerce en una red de relaciones que se dispersa en todos los rincones de lo social, los saberes y las instituciones. Foucault reavivó el instinto filosófico al hablar del poder dudando de la aparente neutralidad de lo social para desenmascarar al poder retorciéndose en las grietas de nuestras sociedades.

De su obra examinaremos los conceptos de poder disciplinario y biopoder como formas mutacionales del poder en diferentes regímenes, sin embargo su espíritu crítico y su astucia para detectar el poder nos acompañará en todo el proyecto.

La segunda parte del viaje será recorriendo los campos de flujos que Deleuze nos propone, asomándonos a las sociedades de control como mutación contemporánea del poder. Lo clave en el autor será el marco conceptual y ontológico en el que introduce al poder siendo pionero en soltar a la realidad de sus lastres sólidos pudiendo ver las redes modulantes y flexibles en las que el poder se articula para construir la telaraña de lo real.

Nuestra intención, no será definir el poder sino asomarnos a estas mutaciones para intentar extraer algunos axiomas que nos permitan poder identificar al poder, rastrearlo pero siempre entendiendo que su naturaleza es resbaladiza y cambiante.

Capítulo 1: Foucault y las sociedades disciplinarias

Durante siglos los filósofos han teorizado sobre el poder y sus formas tratando de entender la lógica que subyace bajo la dominación. Grandes intentos se han ido sucediendo a lo largo de los siglos. En esta ocasión, seguiremos la pista de uno de ellos: la genealogía del poder de Foucault.

Con *Vigilar y Castigar*, Foucault se erige como una de las figuras más prominentes en esta empresa. Rastreando el poder y su transformación en las sociedades modernas, el autor nos presenta a las sociedades disciplinarias: una evolución del poder soberano que emplea formas más sutiles y racionalizadas para disciplinar.

Lo característico de Foucault, como veremos, no es el contenido descrito sino su forma de captarlo. Foucault es de los primeros en abandonar la visión del poder como algo estático y claramente localizado o aglutinado en un centro para pasar a entenderlo como algo que no se posee, que se ejerce, y que es distribuido por toda una red de micropoderes que penetran las instituciones, los saberes y los cuerpos produciendo disciplina y normalidad.

Así, Foucault es pionero en comprender que la subjetividad es producto de este disciplinamiento, de estos moldes que no se limitan solo a castigar sino que además son productores de realidad y verdad.

El ojo de Foucault arrebató la neutralidad de todos los elementos sociales para dejarnos ver cómo esa red de saberes y poderes se ejerce en todos sus puntos, infiltrándose y actuando incluso desde el interior de los sujetos.

El poder soberano, las sociedades disciplinarias, el biopoder... Foucault será el primer hilo conductor a seguir en nuestro análisis del poder y sus mutaciones.

1.1 Del poder soberano al disciplinario

El 28 de marzo de 1757 el pueblo parisino asistía como testigo a la ejecución de Robert-François Damiens. Ante la mirada de miles de curiosos, el poder soberano representó una escenografía tradicional del suplicio más sangriento y cruel que podía ejercer contra el cuerpo de Damiens.

Tal suplicio impuso pedagógicamente ante el pueblo el destino de todos aquellos que atentasen contra la corona, grabando dramáticamente sobre el cuerpo de Damiens la

asimetría del poder del soberano sobre el cuerpo del súbdito. Es así como demuestra su derecho de “hacer morir o dejar vivir”.

Así, paulatinamente, del siglo XVIII al siglo XIX la espectacularidad de los castigos, como el de Damiens, contenían una dimensión espectacular que, poco a poco, fue dando paso a un tipo de castigo más sutil, más oculto, pero, también, más preciso y efectivo traído de la mano de una nueva economía del poder que renovaba sus dispositivos.

Poco a poco la espectacularidad performática del castigo soberano se va transformando en un tipo de poder más silencioso y controlador que se infiltra entre los pliegues de la existencia cotidiana. La vigilancia anónima, el examen continuo y la corrección meticulosa sustituyen todo el elenco grotesco de mecanismos sangrientos del suplicio.

El castigo se metamorfosea en una máquina de normalización, “el castigo ha pasado de un arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos”¹ (Foucault, 1976, p.13) y el poder rearticula sus dispositivos, que ahora no solo castigan un acto imprimiéndolo en las sensaciones del cuerpo sino que el castigo busca ser ahora todo un arte de fabricación de sujetos útiles, productivos y obedientes.

Pese a la apariencia benigna y laxa del castigo disciplinario frente al suplicio soberano Foucault nos muestra cómo su nacimiento no procede de una humanización del castigo sino de la articulación de nuevas formas de poder que necesitaban reajustar sus métodos para asegurar un mayor control sobre los individuos.

Emerge así, en el amanecer de las sociedades modernas, todo un entramado de instituciones y poderes que vienen a disciplinar a los cuerpos reconfigurando toda la economía de poder y sus mecanismos.

No hemos de confundir este cambio en la estructura del poder como una caída del poder soberano, sino como un descentramiento que lo enfatiza. Pasamos del majestuoso, irregular y central poder del soberano a toda una red de micropoderes capilares que atraviesan y reconfiguran las relaciones sociales de manera constante y uniforme.

En este giro disciplinario hemos de observar un elemento central e importante que nos acompañará a lo largo del trabajo: la producción de subjetividad del poder. El poder disciplinario ya no solo se centra en la dimensión coercitiva del castigo sino que se convierte en toda una máquina de normalización de sujetos. Lo importante ahora es

convertir toda esa red de micropoderes capilares en una fábrica de sujetos útiles, productivos y obedientes.

En este sentido, en *Historia de la sexualidad* Foucault resalta este aspecto productivo del nuevo poder disciplinario, que ya no se centra en esa prohibición improductiva. Dice así el autor sobre el sexo: “desde el siglo XVIII, el sexo ha sido objeto de un discurso prolijo, múltiple, insistente: no tanto de una prohibición, cuanto de una incitación a hablar” (Foucault, 1976, p.34).

Esta hiperproducción de habla o discurso en torno al sexo, para Foucault, no es prueba de una liberación de la sexualidad, sino de una estrategia de “confesión” por la cual los dispositivos de poder logran el “saber” que necesitan para aplicarse sobre los sujetos ... y regular sus conductas. A través de la insistencia en la confesión, el poder disciplinario no solo se limita a la represión, sino que busca modelar los cuerpos y las mentes de los individuos, transformándolos en sujetos de conocimiento. El discurso sobre la sexualidad no es, por lo tanto, un acto de liberación, sino una forma de poder que se infiltra en la intimidad de las personas, organizando, clasificando y normando sus deseos, prácticas y comportamientos. En lugar de ser un espacio de resistencia, la sexualidad se convierte en un campo de control y vigilancia, en el que la regulación se realiza mediante la normalización, la categorización y la creación de una verdad sobre el individuo.

Este análisis foucaultiano clave al que nos acabamos de referir nos muestra el modo en que, ahora, en todas las instituciones de este nuevo poder ya no a una punición basada en ese arte de las sensaciones insoportables sino a una modelación de los sujetos desde la racionalidad disciplinaria que reorganiza todo el esquema desde la utilidad.

Todo esto hará que el poder “caiga sobre el alma más que sobre el cuerpo” (Foucault, 1991, p.18) que como veremos más adelante es un concepto forjado artificialmente por el propio poder, apuntando a transformar el sujeto: “Observar, clasificar y corregir”.

Introducida ahora brevemente esta transición pasamos a analizar el esqueleto de este nuevo poder, un nuevo poder que no elimina la violencia sino que la racionaliza. Ha de quedar grabado cómo Foucault trata de proponernos que este sujeto moderno no nace de la emancipación y humanización que se propone desde la historia tradicional sino que estamos ante una nueva modalidad de sujeción.

1.2 Cuerpos y almas dóciles

El poder del soberano caía sobre los cuerpos como un gesto único desde las alturas, un castigo espectacular que destruía o dejaba vivir a los cuerpos a su antojo. Sin embargo a lo largo de esta metamorfosis del poder que hemos ido describiendo, este comienza a desparramarse sobre el cuerpo como una lluvia fina que lo va empapando, calando hasta lo más profundo de su individualidad, esto es, hasta aquello denominado “alma”.

La nueva docilidad del cuerpo no se reduce a una obediencia mecánica. Ahora el poder exige una interiorización del orden, un autogobierno de los individuos mediante una voluntad ajustada a la utilidad. Ya no sirve con un cuerpo gobernado, sino que ahora el poder va a “fabricar” el alma para que se gobierne sola.

En *Vigilar y Castigar* encontramos esta cita que ejemplifica lo dicho hasta ahora: “Se trata de producir cuerpos ‘dóciles’, es decir, que puedan ser sometidos, que puedan ser utilizados, que puedan ser transformados y perfeccionados” (Foucault, 1991, p.135).

Por tanto, la palabra clave ahora en lo que se refiere al cuerpo y su sometimiento al poder será organización y no destrucción. En cada compartimento institucional del poder disciplinario el cuerpo es fragmentado, distribuido y optimizado para imprimir sobre él un nuevo proyecto político de rendimiento.

Esta docilidad modula y organiza al cuerpo no solo en su aspecto más sensorial y físico (se dice físico en el sentido de un cuerpo dócil en su cinética, reducida a gestos repetitivos) sino que, mediante el invento del alma, el cuerpo se normaliza y el orden se hace.

Cabe aquí aclarar un punto muy importante para entender esta noción del alma: no hablamos de ella en un sentido dualista, sino que esta es el doble estratégico del cuerpo. Foucault describe así este nuevo invento del poder: “El alma es el efecto y el instrumento de una anatomía política; el alma es la prisión del cuerpo” (Foucault, 1991, p.30).

El alma, como doble estratégico, nace para socorrer a los nuevos mecanismos del poder y es usada como herramienta para internalizar el control.

Por otro lado, la visibilidad o visión, que era un elemento centralizado en el soberano es así distribuido en miles de ojos que se internalizan dentro de cada sujeto que lleva incorporado una especie de tribunal portátil que lo observa, lo juzga y lo normaliza. Todas las instituciones y mecanismos del poder vienen a contribuir al arreglo y la educación de este tribunal interno que llamamos alma.

En la clase del 11 de enero de 1978 recogida el conjunto de textos que componen *Seguridad, territorio, población* el autor expande este dispositivo técnico de gobierno de los sujetos, introduciendo las dimensiones de tiempo, espacio y movimiento de estos como parte de la producción de un cuerpo y alma útiles. “El tiempo, el espacio, el movimiento y el comportamiento son dispuestos según una técnica que permite la formación de una multiplicidad organizada” (Foucault, 2006, p.28). Es interesante incluir a nuestro análisis del control de los cuerpos y almas esta “multiplicidad organizada” de la que Foucault habla en esta cita porque añade la cuestión decisiva que tiene que ver con la ordenación de cuerpos dispuestos en una secuencia funcional. La clase, el pelotón en el ejército, el turno en la fábrica... Todas ellas son ejemplos de cómo el poder disciplinario ordena a los cuerpos en multiplicidades organizadas.

Asistimos así a la formación del nuevo sujeto moderno, resaltando de nuevo cómo la visión (vigilancia) viaja desde el ojo del gobernante al interior del alma siendo ahora condición de posibilidad de la emergencia del tipo de subjetividad del sujeto moderno. En este sentido, la libertad vigilada del hombre moderno no es más que una forma de administración de uno mismo.

Sin necesidad de un ojo externo que lo mire, el nuevo sujeto se define panópticamente por esa posibilidad constante de ser visto que genera en el alma una autonormalización que disciplina al cuerpo en todas sus coordenadas.

El doble falso, alma y cuerpo, suponen así un binomio de sumisión que nos dispone y normaliza tanto en los aspectos más subjetivos y personales (deseo, personalidad, imaginación, atención...) como en los cinéticos y físicos. Enseña la escuela a escribir pero también a esperar el turno para hablar, el cuartel instruye el paso firme pero también la obediencia absoluta sin cuestionamiento... Cuerpo y alma se entrelazan y subyugan.

Me gustaría dejar como punto central de este capítulo esta idea: cuerpo y alma constituyen un binomio en cuyo vínculo se produce el sujeto moderno. Entre el cuerpo y su doble impostado, el individuo se normaliza emergiendo un tipo de dominación eficaz y silenciosa. En su interior ,como si de un virus se tratase, se asientan los protocolos, los hábitos, ritmos, regulaciones y posturas que el individuo va tomando de las instituciones que lo edifican como sujeto.

Los sujetos de ahora en adelante son fabricados, creaciones fruto de la economía del poder imperante, de manera que las condiciones de posibilidad de creación de subjetividad

coinciden con las de la captura de la propia subjetividad en la medida en que ella es producida por los mecanismos de dominación de las sociedades disciplinarias.

1.3 Técnicas disciplinarias

Hemos visto en qué sentido hablamos de cuerpos y almas dóciles bajo el dominio del poder disciplinario, ahora vamos a examinar la parte central del conjunto de técnicas que el poder emplea como parte de su economía para producir sujetos normalizados.

Para explicar en profundidad estas técnicas me voy a apoyar en las tres coordenadas antes mencionadas: tiempo, espacio y ordenación del movimiento, lo cual, como veremos, incluirá la cuestión del comportamiento. Cabe aclarar que esta división constituye mi lectura interpretativa del texto foucaultiano puesto que en *Vigilar y castigar*, obra en la que me baso para ello, no se hace explícita pero sí, a mi juicio, aparece esbozada o implícita.

Empecemos pues con las técnicas disciplinarias que hacen referencia al espacio.

Para el poder disciplinario espacio y tiempo dejan de ser meras plantillas vacías donde existen los individuos, como categorías existenciales, pasando a ser ahora plantillas susceptibles de ser normalizadas. El cuerpo ha de quedar vigilado y normalizado en todo momento independiente de su espacio o tiempo.

Para el espacio Foucault desarrolla el concepto de cuadro (*tableau*):

"La primera de las grandes operaciones de la disciplina es, pues, la constitución de cuadros vivos que transforman las multitudes confusas, inútiles o peligrosas en multiplicidades ordenadas" (Foucault, 1976, p.136)

El cuadro, dirá Foucault más adelante, distribuye a los individuos en una microfísica celular. Tal ordenación distribuye a la multiplicidad según la utilidad pero sirve al mismo tiempo como espacio en el que hacer a los sujetos inteligibles y comparables. No es una mera agrupación, es el instrumento básico para efectuar el control y normalización de sujetos en serie, que transmuta el espacio natural en uno de análisis y organización de sujetos.

Ejemplo de ello es el aula. Nada en ella queda al azar, los alumnos se ubican en filas de pupitres que miran a una dirección organizada y jerarquizada. Lo mismo ocurre en el cuartel con las formaciones de los soldados, listos para la inspección, o en el hospital

donde los enfermos se ubican en camas numeradas con registros a sus pies. El cuadro es el elemento sobre el cual el poder regula y controla a los individuos.

Pasemos ahora a analizar el tiempo como coordenada de técnica disciplinaria. “Se trata de extraer, del tiempo, cada vez más instantes disponibles y, de cada instante, cada vez más fuerzas útiles” (Foucault, 1976, p.142).

El tiempo se va a fraccionar y cronometrar para extraer de él toda la utilidad posible. Se multiplican y reproducen los horarios y rutinas que encajan al sujeto y lo someten haciendo un sujeto continuo y previsible.

El tiempo, como ya hemos dicho antes, deja de ser el marco del sujeto sino que este ha de formarlo y convertirlo en recurso que vuelva útil al sujeto: un tiempo continuo previsible y fraccionado.

La campana escolar, el cuadrante de trabajo, los estrictos horarios del ejército, etc., todo ello forma parte de las técnicas disciplinarias que el poder ejerce molecularmente en nuestra vida cotidiana para crear un sujeto disciplinado.

Hablemos ahora de lo que hemos llamado dispositivos de ordenación del movimiento, es decir, la tercera de las coordenadas básicas que hemos establecido. Un espacio y un tiempo disciplinados no bastan para un sujeto, necesitamos además una práctica que los encarne.

A este dispositivo Foucault lo denomina ejercicio. El ejercicio no es solamente una serie de movimientos repetitivos sino que, como ocurría con el tiempo y el espacio es toda una manera de moldear a un sujeto de cierto modo. Es decir, el ejercicio no solo produce una acción sino que también produce algo del sujeto.

Resumiendo: la clave del ejercicio es no entenderlo como un método pedagógico según el cual “se imponen a los cuerpos áreas a la vez repetitivas y diferentes, pero siempre graduadas” (Foucault, 1976, p.149). Es precisamente esa diferencia la que asegura el éxito del ejercicio como técnica de poder que modula pues pretende mejorar y adaptar funcionalmente a los sujetos, en esencia formarlos como tal.

Con graduadas Foucault se refiere a que el ejercicio no se realiza al azar ni caóticamente. Como hemos dicho antes el ejercicio integra perfectamente las tecnologías de tiempo y espacio generando toda una economía de poder que clasifica, compara, mejora y examina los sujetos.

Esta graduación es un ejemplo del cambio de paradigma en el poder pudiendo apreciar cómo “con las nuevas técnicas de sometimiento, la "dinámica" de las evoluciones continuas tiende a remplazar la "dinástica" de los acontecimientos solemnes.” (Foucault, 1976, p.149). Esta evolución es ahora, como hemos dicho, graduada, permitiendo no solo clasificar a los sujetos por separado sino compararlos entre ellos y examinarlos de continuo.

Acabamos ahora de tocar la punta de otro de los dispositivos de poder más importantes que podemos incluirlo en la última categoría. El examen tiene como condición de posibilidad todos los dispositivos que acabamos de exponer, especialmente la característica graduada del ejercicio.

Como dispositivo, el examen incorpora una dimensión que es muy importante para Foucault, la del poder. En su constante clasificación, el examen no se centra en castigar solemnemente los errores sino en hacer del sujeto un objeto cognoscible y mensurable. El binomio poder-saber que tanto veremos repetirse en la obra del autor cobra su fuerza y cristaliza aquí donde las técnicas de poder se alían con las del saber.

El que (auto)corrige sus errores es precisamente el sujeto que ha internalizado la vigilancia. El examen, al mismo tiempo que evalúa, clasifica y produce verdad sobre el sujeto y le hace corregirse desde dentro en una continua modulación de conductas y respuestas.

Así, el examen sustituye al castigo espectacular como elemento pedagógico del poder y, al mismo tiempo, pasa de ubicarse de manera discontinua en los sangrientos suplicios a asentarse en todos los rincones de las instituciones y la sociedad.

El examen se camufla como una prueba neutra de saber técnico, pero tras de él tiene toda una serie de utilidades y capacidades como dispositivo de poder que permite generar conocimiento y disciplina en los sujetos.

En resumen, su excelencia como dispositivo de poder radica en el modo en que pone en juego todos los elementos que hemos ido exponiendo hasta ahora para objetivar y autorregular al sujeto disciplinario:

El examen es la técnica por la cual el poder, en lugar de emitir los signos de su potencia, en lugar de imponer su marca a sus sometidos, mantiene a éstos en un mecanismo de objetivación. En el espacio que domina, el poder disciplinario manifiesta, en cuanto a lo

esencial, su poderío acondicionando objetos. El examen equivale a la ceremonia de esta objetivación. (Foucault, 1976, p.174)

No me gustaría extenderme mucho más en este punto. Pero conviene resaltar cómo los dispositivos disciplinarios evolucionan desde el fin de la época del poder soberano puesto que ya no solo buscan castigar y corregir sino que, más profundamente, intentan constantemente conocer, clasificar y, por último, optimizar a los sujetos. Esta última idea es clave: la construcción del sujeto disciplinario se basa en esa idea de optimización en torno a la utilidad.

El poder disciplinario se muestra mucho más capaz que su antecesor al cambiar el foco de la represión a la producción: producción de saber, de conducta, de subjetividad: producción de sujetos autorregulables en torno a la utilidad. Para ello se hace eco de todos los dispositivos que acabamos de exponer que se van colando por las rendijas de cuerpos, almas e instituciones para crear toda una microfísica del poder, como diría el autor.

1.4 Instituciones disciplinarias

Pasemos ahora a hablar de los espacios donde las técnicas disciplinarias se despliegan en todo su potencial. Estos espacios, que son a la vez entendidos en su arquitectura material y simbólica, comienzan a multiplicarse y especializarse con el alzamiento del poder disciplinario hasta convertirse en su pilar y baluarte configurando la subjetividad del sujeto en todas las etapas y aspectos de su vida. Tales espacios son las llamadas instituciones disciplinarias.

Escuelas, cuarteles, hospitales, fabricas, prisiones... Todos ellos son espacios que desde nuestra infancia han sido descritos como lugares neutrales dedicados a nuestra enseñanza, curación, trabajo, en general nos han sido descritos como instituciones que se preocupan por nuestro bienestar y mejora como sujetos.

Como en muchas ocasiones a lo largo de su obra, Foucault nos destapa la historia de aquello que queda a la sombra. En *Vigilar y Castigar* nuestro autor nos mostrará que estas instituciones constituyen en realidad auténticos laboratorios donde el poder opera en su mayor esplendor: modelando los cuerpos, alineando almas y normalizando conductas.

Foucault pone fecha a la aparición de estos espacios de encierro describiendo su multiplicación y su sofisticación desde el siglo XVIII en adelante: “la doble tendencia que vemos desarrollarse a lo largo del siglo XVIII a multiplicar el número de las instituciones de disciplina y a disciplinar los aparatos existentes” (Foucault, 1976, p.195).

Este “disciplinamiento de los aparatos” tiene que ver, en efecto, con la sofisticación o afinamiento de las instituciones disciplinarias que, como hemos visto en apartados anteriores, no tendrá como objetivo, de manera negativa, la simple coerción o la exclusión de la anomalía, sino que, antes bien, buscará la optimización de los sujetos mediante el conocimiento de estos, corrigiendo y dirigiendo su conducta.

Otra parte clave en su afinamiento es la continuidad entre los espacios que se regirán ahora por reglas internas, horarios para preparar un campo donde observar y medir los cuerpos. Su estabilidad los convierte así en auténticas máquinas de formar.

En estos espacios se realizará todo lo contrario de lo que veíamos en el castigo espectacular. De su impactante y grandiosa teatralidad pasamos ahora a una microgestión del comportamiento dirigida por toda una red molecular de poderes. Las instituciones actúan así como dispositivos de sujeción que inscriben al individuo en una serie, lo que hemos llamado antes multiplicidad organizada: el alumnado, los enfermos, los obreros o los reclusos.

Es así como las instituciones forman todo un modelo, donde ninguna de ellas actúa aisladamente sobre el individuo: las instituciones y la disciplina se van integrando y plegando sobre el individuo produciéndolo de manera activa. Teniendo en cuenta todo ello y en línea con Foucault, hemos de denominar red al entramado de estos espacios de encierro que, pese a su multiplicidad, tienen como cometido el disciplinamiento del individuo a través de toda una tecnología en tanto que modo de ejercer el poder sobre ellos.

La ‘disciplina’ no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo [...] una tecnología. (Foucault, 1976, p.119)

Se entiende entonces que la disciplina, en tanto que red y tecnología de poder, se aplica de manera continua. En otras palabras, no se trata de un disciplinamiento discontinuo con cortes entre las diferentes instituciones (escuela, ejército, prisión, fábrica), sino de una producción reticular que no se reinicia cada vez, con cada ingreso en uno de los espacios disciplinarios, sino que acontece de manera constante e ininterrumpida a lo largo de la vida de los individuos produciendo así sujetos “sujetados”, dominados en todas las dimensiones por las que van haciendo recorrer su existencia.

Esto quiere decir que la subjetividad emerge a través de la interiorización de la norma de manera que la vigilancia se torna en autovigilancia dejando la represión externa como algo secundario y no fundamental para este sistema de dominación.

Ahora el sujeto lleva toda una institución interna, una máquina de formar que se integra en su cuerpo y lleva consigo los esquemas del deber, los relojes del tiempo normalizado y todos los dispositivos disciplinarios.

La joya de la corona de todas las instituciones disciplinarias es la prisión y sirve como ejemplo perfecto que reúne todo lo que hemos ido explicando hasta ahora. Todas las tecnologías disciplinarias son integradas en ella configurando un auténtico laboratorio de la disciplina. La prisión es, para Foucault, el paradigma de las sociedades disciplinarias.

En la prisión tiempo y espacio se distribuyen de manera sofisticada y orientada perfectamente al disciplinamiento de los sujetos, a su corregimiento. Toda ella es un interior constante designado a ello, integrando todas las instituciones: “la prisión, mucho más que la escuela, el taller o el ejército, que implican siempre cierta especialización, es ‘omnidisciplinaria’.” (Foucault, 1976, p.216).

En la prisión nada es neutral, todo está orientado a la disciplina. Su arquitectura se convierte en tecnología política, desde la celda como instrumento de aislamiento y visibilidad hasta los compartimentos como el patio y el comedor que enfatizan ese tiempo fraccionado.

Los sujetos son completamente transformados, pero además son producidos mediante toda una lógica. Más que un remedio negativo contra el delito, la cárcel lo organiza, clasifica y gobierna. La prisión produce en ese sentido la delincuencia, trata su propio producto auto legitimándose.

En este producir al preso como una categoría de sujeto produce al mismo tiempo una idea de normalidad, reflejando, en una suerte de "contraespejo", al delincuente con el ciudadano ideal. Así, al producir anormalidad produce, a la vez, la norma en los demás.

La técnica penitenciaria y el hombre delincuente son, en cierto modo, hermanos gemelos. [...] Aparecieron los dos juntos y uno en la prolongación del otro, como un conjunto tecnológico que forma y recorta al objeto al que aplica sus instrumentos. (Foucault, 1976, p.135)

Las instituciones penitenciarias no se basan en eliminar la criminalidad sino en generar una funcionalidad en su sistema para la sociedad.

El manicomio comparte con la cárcel este aspecto: se trata de producir lo que en teoría combate. Un ejemplo de esta dinámica es el manicomio de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, donde los pacientes psiquiátricos son sometidos a una impresionante cadencia de disciplinamiento. Silenciosa, con batas blancas y sonrisas pero igualmente brutal, no se busca corregir la locura sino producirla y hacer que los sujetos se adapten o no a la normalidad que produce como espejo. De esta manera, como en la cárcel, la diferencia es sometida en nombre del conocimiento pero sin una forma de castigo visible sobre el cuerpo. Ahora no se castiga sino que sancionan conductas, palabras, gestos... Se sanciona un tipo de conducta y subjetividad que no es la que se busca.

Así ambas instituciones van poco a poco anulando el deseo de libertad, como en la película, y, si no fuese posible, en el límite es extirpado con la lobotomía. La clave está en esta producción de subjetividad de la que venimos hablando, esa es realmente la producción de ambas instituciones.

Poco a poco estas instituciones se van adaptando y afinando sus métodos pero de ninguna forma son ruinas de un pasado autoritario, siguen más vigentes que nunca y son pilares de la sociedad disciplinaria. Todo sigue manteniendo esa lógica de visibilidad, educación y corrección.

Como matiz final quiero destacar esta constante alianza que encontramos en Foucault entre conocimiento y poder. Hemos podido ver en este apartado cómo la producción de conocimiento aparente que generan las instituciones, en alianza con las ciencias, es en el fondo una producción sin precedentes de poder que recorta a los sujetos. Todo conocimiento en la sociedad disciplinar se dice respecto del poder, nunca es neutral. En este sentido, toda institución disciplinaria constituye un espacio en que confluye el saber y el poder. Binomio clave en Foucault, saber-poder se articula en la trama o red disciplinaria a través de las ciencias y los discursos que producen a los sujetos y las verdades que los definen y moldean.

Es precisamente esa apariencia neutral con la que empezábamos a describir estas instituciones con la que vamos a cerrar el apartado pues es ahí donde radica su potencia. Su silencio, su falta de exhibición permite infiltrarse en los sujetos y administrar el poder

generando una producción constante de cuerpos útiles y disciplinados que constituyan sujetos funcionales.

El silencioso poder de la red disciplinaria no solo se queda en las instituciones sino que se encuentra al interior de los sujetos actuando desde dentro de manera continua, sin descanso.

1.5 Panoptismo

”La visibilidad es una trampa” (Foucault, 1976, p.185).

Gran parte de la paradoja del poder moderno descansa en esta frase. La travesía de la visibilidad en las sociedades disciplinarias, del ojo del soberano al interior del sujeto, es la gran trampa donde recae la nueva sujeción.

Desmembramientos, azufre y mercurio vertido en heridas, decapitaciones, castigos ejemplares... Todo ello se muestra ineficaz frente a la simple capacidad del mostrar. Ver y ser visto, el sujeto disciplinario basa su subjetividad ese ser visto que lo conforma.

Sea como fuere, en el ojo del soberano o el interior del sujeto disciplinado, toda forma de poder incorpora de alguna suerte una tecnología de visibilidad de algún tipo. Para el régimen de poder disciplinario esta tecnología de poder es el llamado panoptismo.

Esta tecnología constituye algo más que las demás: en ella está el corazón de toda una lógica que convierte la visibilidad, en la forma de vigilancia, en condición de subjetividad.

Esta idea le vino a la cabeza a Foucault inspirado por el modelo de prisión desarrollado por Jeremy Bentham, el Panopticon, que disponía las celdas circularmente alrededor de una torre central desde la cual se podría ver a todos los prisioneros sin que ellos tuviesen constancia de estar siendo vistos. De nuevo vemos retumbar ese zumbido en la oreja de Foucault alumbrándonos sobre la idea de que no hay institución neutral: detrás de aquel modelo había toda una función, un dispositivo de poder.

“Basta una mirada. Una mirada que vigile, y que cada uno, sintiéndola pesar sobre sí termine por interiorizarla hasta el punto de vigilarse a sí mismo” (Foucault, 1980, p.6), he aquí el núcleo del panoptismo. En el fondo no es más que eso “una trampa” un truco o ilusión convertida en dispositivo. Hacer que la mirada pese hasta cuando deja de estar presente o mejor dicho que da igual que esté o no presente.

El panoptismo, así como otros dispositivos que hemos visto ya, objetiva al sujeto. El individuo ahora es algo a ser vigilado, y, una vez interiorizada esa etiqueta, nada más basta para que él mismo se autovigile y por ende se regule.

El panoptismo es el principio general de una nueva 'anatomía política' cuyo objeto y fin no son la relación de soberanía sino las relaciones de disciplina. (Foucault, 1976, p.192)

Con el panoptismo pasamos de la soberanía centralizada sobre el sujeto a toda una red de dispositivos que disciplinan a los sujetos desde dentro y en todas direcciones. La nueva “anatomía política” se basta con la visibilidad para ejercer un control constante y autoregulado.

El concepto de “anatomía política” hace referencia a como el poder se inscribe ahora en los cuerpos, analizándolos ahora como nuevo elemento central en las relaciones de poder.

El panoptismo, como principio elemental del poder disciplinario, se infiltra en todas las instituciones y cuerpos constituyendo toda una técnica continua que mejora la eficacia de la visibilidad. Una nueva estructura que asegura la estabilidad de sus efectos reduciendo la posibilidad de desorden al interiorizar la visibilidad.

Otro factor que mejora la visibilidad en el panoptismo y constituye todo un nuevo diagrama de poder es desprenderse de la jerarquía en su funcionamiento. Ya no se depende de la discontinuidad del gobernante-rey que castiga, sino que ahora “cada uno, según su puesto, está vigilado por todos los demás, o al menos por alguno de ellos; se está en presencia de un aparato de desconfianza total y circulante porque carece de un punto absoluto” (Foucault, 1980, p.12).

Descentralizar la vigilancia convierte a todos los cuerpos en partícipes y víctimas de ella: la mirada es absoluta. Otra cosa que se puede extraer de esta cita es cómo la desconfianza se vuelve una constante social, pues es precisamente la que alimenta el panoptismo.

La mirada panóptica no solo sirve para la vigilancia como forma de técnica sino que también implica al saber, algo repetitivo en la obra de Foucault. El panoptismo constituye toda una sabiduría, ciencia del saber o epistemología.

La visibilidad constante convierte a los sujetos en objetos de conocimiento y fuentes constantes de verdad. De nuevo nos encontramos ante esta producción en las técnicas y dispositivos del poder. Vigilar implica diagnosticar, medir y clasificar: todo ello se

condensa en la figura del sujeto disciplinado que nace en el centro de ese binomio poder-saber.

Sería un error pensar que esto ha ido mermando. Con el avance en la tecnología, la visibilidad se ha ido descentralizando pero va ganando en eficacia: cada clic, cada registro, la geolocalización constante... Seguimos siendo nosotros mismos quienes, bajo la premisa de la libertad confesamos, analizamos y ofrecemos a un escrutinio constante.

En este sentido, en la clase del 1 de enero de *Seguridad, territorio y población* Foucault aventura el modo en que los dispositivos y tecnologías de poder como el panoptismo no han hecho sino mutar convenientemente hacia formas más complejas de gobierno. La nueva gubementabilidad nos permite movernos libremente y cada vez prescinde más de sus compartimentos o encierros, pero su vigilancia es más aguda y extendida siendo incluso peor aún pues ha calado en lo más profundo de nuestra cotidianidad.

1.6 Conclusión: Sobre la vigencia de la sociedad disciplinaria

En este capítulo hemos visto cómo la disciplina ha forjado desde el siglo XVII toda una nueva ontología del poder. Desde el suplicio de Damiens como medio para disciplinar hasta el panoptismo, ha habido toda una serie de transformaciones profundas en la retícula social que a su paso han alterado completamente todos los aspectos de nuestras vidas.

Hemos visto el paso del poder soberano que, actuando como un centro gravitatorio para el poder, imponía el castigo espectacular como signo visible a un régimen descentralizado, que, sin caras visibles, en vez de castigar organiza la vida para producir. El silencio, la aparente neutralidad, la visibilidad, la infiltración en lo cotidiano, la producción de verdad en los sujetos... Todos estos elementos son desarrollos del poder que poco a poco van afinándose para aumentar su eficacia: generar sujetos cada vez más productivos y obedientes, adiestrados para producir.

El cuerpo con el alma, su falso doble, es ahora toda una central de producción: de verdad, vigilancia, corrección, normatividad y obediencia... Somos hogar de todo un tribunal interno atravesado por toda una microfísica de poderes que nos modelan y dan forma al sujeto moderno.

Desde Foucault el poder no se entenderá como la acción de un sujeto que lo posee y somete a otro sino como una dimensión que se ejerce de manera dinámica entre los

sujetos. En ese sentido los sujetos disciplinarios no se entienden como sujetos pasivos sino como sujetos que internalizan los dispositivos haciendo posible la disciplina.

El panóptico es la gran insignia de este proyecto, que no su culminación. Constituye la dinámica de poder definitiva para el poder disciplinario bajo un principio: hacer de la visibilidad una trampa. ¿Seguirá de ahora en adelante el juego del poder cifrándose en términos de visibilidad?

Foucault y su descripción de las sociedades disciplinarias no es algo anticuado sino que constituyen todo un horizonte de conceptos e ideas a la hora de analizar el poder y sus mecanismos que serán claves para los autores que le siguen en la tarea. Su huella nos despierta la sospecha constante ante la aparente neutralidad y el silencio del poder. La sospecha se extiende a nuestros propios cuerpos alumbrándonos sobre el modo en que, en el fondo, el poder se articula y se despliega desde nosotros mismos.

En el próximo capítulo nos asomaremos brevemente a Foucault y su biopoder para ver qué otros conceptos aventuran nuestro autor sobre el análisis de las sociedades postdisciplinarias. Todo ello servirá como una buena base para comprender las sociedades de control que Deleuze quiere dibujarnos en su *Post-criptum*. La pregunta que nos haremos es: ¿de qué manera se dispondrá el poder y, con él, la visibilidad, de ahora en adelante?

Sea como fuere, debemos a Foucault este inmenso legado, toda una serie de herramientas que nos permiten hacer un estudio arqueológico del poder y sus dispositivos de sujeción. La tarea crítica sigue viva, y ha de fijar sus ojos en la vida más cotidiana y en los aspectos más aparentemente neutrales de nuestra existencia.

Capítulo 2: Entre la disciplina y el control, mutaciones del poder

El poder disciplinario no es el único legado que nos ha dejado Foucault en su genealogía del poder. Lejos de quedarse anclado en el estudio de los dispositivos y estructuras del poder en su afinamiento disciplinario, Foucault sigue el rastro de la mutación constante del poder hacia un nuevo umbral político, una nueva forma de sujeción que construye una nueva subjetividad dominada. Tal forma es el biopoder.

Esta mutación del poder da cuenta de un cambio total de lógica: de moldear los cuerpos a gestionar la vida. Es un paso cualitativo importante para comprender la lógica de poder moderna y sus mecanismos.

¿Qué formas hay más allá del biopoder? Deleuze parece tener la respuesta, en este capítulo abordaremos también la complicada relación entre ambos autores, en qué medida hay algo de Foucault en Deleuze y viceversa.

En la lectura de Foucault que hace Deleuze podemos observar el viraje del pensamiento de este que llegará a culminar en el *Post-criptum sobre las sociedades de control* donde Deleuze presentará la mutación de poder en control.

2.1 El biopoder

En el capítulo anterior habíamos visto cómo el poder se infiltraba desde los ojos y la mano del gobernante hacia el interior de los cuerpos. El biopoder sin embargo no se ocupa únicamente de los individuos, o de estos como series, sino que trasciende tal frontera conceptual y articula una nueva en torno a la vida como fenómeno colectivo.

La vida emerge como concepto, en alianza con el saber, cómo es de esperar, y con ello el poder se comienza a ejercer sobre ella como un campo de intervención técnica y racional. Gestionar la vida y sus procesos: la natalidad, mortalidad, longevidad, etc., será ahora la nueva forma de regular y modular a los individuos.

La vieja potencia de la muerte, en la cual se simbolizaba el poder soberano, se halla ahora cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida. (Foucault, 1991, p.161)

Ahora bien, no debemos entender al biopoder como una sustitución del poder disciplinario, o del soberano, sino como una mutación que recubre ambos en donde todos se van articulando de forma compleja por superposición. Este es uno de los puntos centrales del trabajo, entender precisamente cómo los conceptos se van poniendo en juego a lo largo de la genealogía de poder. Entender el poder es entender que este no es un discurso lineal sino toda una red compleja de mutaciones, dispositivos y discursos de verdad que se ejerce entre individuos y que se yuxtaponen sin anularse por completo.

El poder disciplinario había perfeccionado el dominio del cuerpo en tanto que máquina individual, sofisticando la sujeción de los individuos como individuos entrenados y autoexaminados. Pero ahora el biopoder trae consigo una nueva dimensión del cuerpo que viene a complementar mutacionalmente al cuerpo disciplinado.

Esta nueva dimensión viene a entender el cuerpo en cuanto a su consideración biológica, esto es, se trata del cuerpo como población y como especie.

La biopolítica viene a mutar actuando sobre lo positivo. En vez de generar la normalidad desde su transgresión, desde su excepción, viene a producirla desde la regulación de la vida en su sentido positivo: “el viejo derecho de hacer morir o dejar vivir fue reemplazado por el poder de hacer vivir o de rechazar hacia la muerte” (Foucault, 1991, p.159).

Se presenta así, de manera neutral, como una nueva visión política de la vida que busca aumentarla y hacerla más próspera. Su truco radica en esa esperanza aparente que promete traer consigo.

Vayamos a uno de los conceptos clave del capítulo anterior para comprender hacia donde ha mutado: la visibilidad. En el biopoder la visibilidad se dice ya no solo del sujeto, sino de este como vida, como conjunto, como población. La visibilidad pasa de estar únicamente en el interior del sujeto, produciendo auto-disciplinamiento, para volver a salir afuera, pero esta vez situándose en la vida como concepto general. Esto permite objetivarla a escalas nunca antes posibles. Una visibilidad que organiza los cuerpos como conjuntos de datos, estadísticas para una gubernamentalidad más eficaz. Ahora, bajo la nueva óptica, la idea central no es autodisciplinar los cuerpos sino controlar las poblaciones de manera genérica subiendo la potencia de los dispositivos de poder.

Uno de sus dispositivos, desarrollado en *Historia de la sexualidad*, es precisamente el de la sexualidad. Nos sirve como muestra de cómo se ejerce este nuevo poder pues el dispositivo de sexualidad es uno de proliferación, y por ende, de control: “El dispositivo de sexualidad no tiene como razón de ser el hecho de reproducir, sino el de proliferar, innovar, anexas, inventar, penetrar los cuerpos de manera cada vez más detallada y controlar las poblaciones de manera cada vez más global” (Foucault, 1991, p.124).

Esta proliferación, no centra tanto su ojo en la simple reproducción de individuos sino que busca controlar la vida. El dispositivo sexual controla, por una parte, la dimensión disciplinaria, esto es, al individuo como cuerpo moldeando su deseo e identidad. Pero, por otra parte, por la parte del biopoder hablamos ya de control de poblaciones: tasas de natalidad, estadísticas sanitarias, estudio demográfico, etc. La prohibición pasa a un segundo plano, dispositivos como el de sexualidad necesitan de un discurso de proliferación para analizar y estudiar a los sujetos. El dispositivo de sexualidad se disemina entre los cuerpos y poblaciones y los invita a hablar, a dar información.

Volvemos a un cliché ya en este proyecto, la ausencia de neutralidad en los mecanismos gubernamentales y los dispositivos de poder. Las nuevas ciencias: medicina moderna,

demografía, estadística, etc., se presentan ahora para la genealogía del poder como una espada de Damocles, pues pese a su apariencia humanitaria no constituyen sino una mutación estratégica del poder y sus dispositivos.

Bios, de Roberto Espósito abre precisamente esta cuestión, la cual él considera una aporía en la exposición de Foucault sobre esta genealogía del biopoder. Espósito se pregunta: “¿por qué, al menos hasta hoy, una política de la vida amenaza siempre con volverse acción de muerte?” (Roberto Espósito, 2006, p.14).

El filósofo italiano cuestiona, por tanto, porqué hasta hoy toda política sobre la vida parece tener inscrita en su lógica interna su acaecimiento en política de la muerte, en tanatopolítica. ¿Podría existir un tipo de biopolítica que cuide sin someter, que afirme la vida sin excluir? La idea de Espósito es que Foucault había pasado por alto esa posibilidad y no habría llegado a proponer una biopolítica afirmativa, sin un reverso de muerte y dominación excluyente.

Más aún, Espósito nos anima a separar dos conceptos que Foucault utiliza vinculados: biopoder y biopolítica. Para el filósofo italiano, en efecto, “los términos ‘biopolítica’ y ‘biopoder’, empleados indistintamente en otras circunstancias; por el primero se entiende una política en nombre de la vida y por el segundo, una vida sometida al mando de la política” (Roberto Espósito, 2006, p.24). De este modo, separando estos conceptos, la esperanza parece brotar en la biopolítica como una política emancipadora que no se convierta en biopoder. Foucault entendió cómo la vida se había vuelto objeto de intervención política, pero Espósito sueña si esta necesariamente se ha de convertir en objeto del biopoder.

Esta discusión filosófica de Espósito con Foucault abre la puerta a pensar una cuestión elemental al hablar de política y poder: ¿necesita la política estar necesariamente unida a la dominación?

Para Foucault, a mi juicio, no solo están unidas sino que una es condición de posibilidad de la otra. Espósito, en cambio, intenta abrir un espacio para repensar esta idea, reformulando por completo las condiciones de la acción política. Foucault entiende, pues, que la resistencia, con ello la manera de pensar una nueva forma de tratar la vida, siempre se da vinculada al poder: no hay resistencia, o libertad, sin poder, sin sujeción, y no hay poder sin resistencia o libertad. No es posible el afuera en Foucault.

A mi juicio la aporía que señala Esposito es necesariamente así. Foucault no expone el poder como algo bueno o malo sino como algo que se ejerce, produce y es omnipresente. Necesariamente el biopoder ha de estar vinculado a la biopolítica.

Con ello, apuntamos ya a otro de los grandes puntos discursivos de este trabajo: la cuestión de la emancipación. En el siguiente apartado comenzaremos a abrirlo de la mano de Deleuze. Hasta ahora hemos descrito toda una genealogía del poder, la capacidad crítica de Foucault captando esa red de micropoderes, pero: ¿cómo podemos emanciparnos de tal red?, ¿se puede imaginar una política sin poder? ¿una libertad o resistencia sin dominación? ¿un afuera?

Llegados a este punto comenzamos a ir cerrando el ciclo de Foucault para pasar a nuevas lecturas sobre la política y el poder en las sociedades modernas. Del castigo a la disciplina y luego al biopoder hemos visto la capacidad de este para mutar, crear subjetividad y producir verdad. Asimismo hemos observado cómo los diferentes dispositivos se iban integrando unos con otros, como por ejemplo el panoptismo y la gubementabilidad, o el castigo y la optimización. De ahora en adelante vamos a seguir una nueva lógica del poder, en este caso, la propuesta por Gilles Deleuze.

Debemos llevar con nosotros, sin embargo, la sospecha constante de Foucault que nos lleva a desnaturalizar lo obvio viendo siempre más allá de lo mostrado como necesidad. Esta actitud es, a mi parecer, eminentemente filosófica y debe quedar inscrita en todo aquel que se pregunte por el poder y sus excesos.

2.2 Entre Foucault y Deleuze: una nueva lógica de poder

Hemos seguido hasta ahora la arqueología de Foucault que nos ha ido descubriendo una genealogía del poder en la que el pensador francés descubre el poder oculto en los espacios más inusitados de nuestras sociedades, sacando a la luz toda esa serie de dispositivos y conceptos que conforman la lógica del poder en tanto microfísica.

Toca ahora el turno de seguir la pista al poder en nuestras sociedades con otro autor destacado en este aspecto, Deleuze. Contemporáneo de Foucault, Deleuze desarrolló como propuesta las llamadas sociedades de control como paso más allá de las sociedades disciplinarias que hemos venido describiendo.

Así, antes de entrar de lleno en su laberíntica obra para entresacar algunos de sus conceptos más relevantes, veamos de cerca la relación de entre Foucault y Deleuze para esbozar este tránsito de la disciplina al control.

Una de las cosas que creo que distingue a Deleuze de otros autores contemporáneos es su sublime capacidad como lector. En sus monografías, el autor es capaz de huir del estaticismo de una interpretación cerrada de sus obras abriéndose a todo un proceso dinámico de doble captura, que crea algo entre él y el autor con el que interactúa.

Deleuze no solo interpreta, no absorbe sino que cartografía. En este sentido Foucault es plegado y desterritorializado generando toda una miríada de ideas y territorios nuevos por explorar que yacían como potencial en su obra. Foucault no queda simplemente interpretado como un cuerpo para diseccionar sino que de alguna manera revive para torcerse y formar un mapa con los conceptos deleuzianos.

Lo que primero resalta Deleuze es que Foucault desde su análisis genealógico es ya un cartógrafo. En sus escritos la realidad no queda como un espejo pasivo, con su estudio del poder como fuerzas dinámicas. Es el primero en entender que “el mundo está hecho de superficies superpuestas, archivos o estratos. El mundo es también saber [...] lo enunciable y lo visible en cada estrato las dos formas irreductibles del saber” (Deleuze, 1987, p.155).

El flujo de fuerzas entre lo visible y lo enunciable, dos dimensiones que van cruzándose para producir verdad. Desde los estratos, como formas históricas de sedimentación, Foucault realiza toda una arqueología que logra captar ese flujo dual de luz y lenguaje y como este va generando verdad.

Es en este punto donde podemos trazar una alianza entre ambos, en la manera que ambos analizan la realidad. Ambos son capaces de ver los estratos y no entenderlos como lo más fundamental: ver los flujos que los conforman, cómo la verdad es una ilusión que aparece como cristalización de todo un mapa rizomático de relaciones entre lo visible y el discurso.

Ese afuera informal es una batalla, algo así como una zona de turbulencia o de huracán en la que se agitan puntos singulares y relaciones de fuerzas entre esos puntos. Los estratos no hacían más que [...] solidificar el polvo visual y el eco sonoro de una batalla que se desarrollaba por encima. (Deleuze, 1987, p.155)

Todo este fondo de relaciones y flujos que sirven como condición de posibilidad de los estratos, principal interés de la obra de Deleuze es a lo que apuntaba la arqueología de Foucault. Este fondo de relaciones que ambos describen es llamado diagrama.

Con diagrama, Deleuze hace referencia a un tipo de plano de consistencia donde se dan todas las relaciones; de dispositivos de poder, discursos, instituciones, cuerpos... Y como estas se relacionan. El diagrama trata de representar esto pero en función cartográfica, sin intención de cerrar ese espacio como un mapa, pues precisamente lo entiende como un espacio de fluctuación incristalizable que es condición de posibilidad.

Este tipo de análisis que lleva Foucault es, a los ojos de Deleuze, toda una revolución a la hora de pensar el poder. Su forma de captarlo, a través de cuerpos y saberes, puede ver más allá de lo dado, de las formas de describir el poder ancladas en los sedimentos cristalizados, para ver todo ese juego de multiplicidades que se entrecruzan.

Hasta aquí ambos se siguen la estela conjuntamente, sin embargo encontramos un primer ligero discernimiento en la cuestión de la subjetividad. Hemos visto en el capítulo anterior la manera en que Foucault entiende al sujeto como una construcción producto de las relaciones de poder vigentes y cómo estas atraviesan al sujeto.

Deleuze coincide con él al decir que el sujeto no es algo natural, ni una entidad preexistente a la sociedad pero llevará la tesis de Foucault a su dimensión de flujos y pliegues. Este sujeto deleuziano es más que un sujeto producido, es uno plegado. El sujeto enteramente es pura dinámica interior de relaciones exteriores que se pliegan así mismas.

“Si el adentro se constituye por el plegamiento del afuera, existe una relación topológica entre los dos: la relación consigo mismo es homóloga de la relación con el afuera” (Deleuze, 1987, p.153). La frontera entre lo exterior y lo interior se diluye y como resultado el sujeto no es más que una arruga entre ambos, así como un pliegue es en realidad solo un plano.

En Deleuze pasamos de los moldes foucaultianos que moldeaban al sujeto mediante dispositivos e instituciones, sujetos reconocibles como el alumno o el soldado, a una mutación de la sujeción en forma de modulación.

La modulación actúa variando de forma continua e inestable frente a la estabilidad normativa de los moldes de la lógica disciplinaria. En la sociedad del control todo se

dinamiza, todo son flujos, los moldes se vuelven fluctuantes y ahora modulan operando como una multiplicidad que va codificando y decodificando al sujeto continuamente.

Esta es la mutación que hace Deleuze del sujeto de Foucault. No se trata de un desacuerdo sino de un ir más allá que pliega al sujeto en todo un plano ontológico relacional donde múltiples flujos y fuerzas lo atraviesan. Ni siquiera el yo es ahora un punto seguro, no hay un interior pues el sujeto está constantemente en tránsito como un mapa cambiante siempre fluyendo con el afuera.

Esto, como veremos, tiene un matiz negativo y positivo, pues la emancipación reside en el modo que el sujeto se pliegue en ese mapa de flujos y fuerzas. Pero al mismo tiempo da cuenta de un nivel mayor de profundidad en términos de sujeción. Los sujetos no somos modelados sino que lo que es el “yo” es una arruga en todo ese mapa de poder y fluctuación de flujos discursivos.

Este sujeto plegado, en la sociedad del control, pasa de ser un individuo a ser un “dividuo”. El dividuo ya no presenta una unidad identificable que va siendo moldeada y controlada sino que ahora el individuo está dividido, atravesado por flujos y descentralizado. El control actúa de manera más difusa y descentralizada que la disciplina.

El *dividuo* es un sujeto dinámico, plegado, descentralizado, fragmentado. En suma, es un sujeto modulado desde una multiplicidad de flujos y puntos que lo codifican y recodifican, pliegan y despliegan.

Vamos a pasar ahora a hablar de los dispositivos. Para ello vamos a utilizar como base el ensayo *¿Qué es un dispositivo?* donde Deleuze reflexiona sobre este concepto tan destacado en la genealogía del poder foucaultiano.

La definición que da es la siguiente:

Un dispositivo es una especie de ovillo o madeja, un conjunto multilíneal. Está compuesto de líneas de diferente naturaleza y esas líneas del dispositivo no abarcan ni rodean sistemas homogéneos en sí mismos sino que siguen direcciones diferentes, trazan procesos siempre desequilibrados. (Deleuze, 2008, p.305)

El dispositivo se diferencia de la institución, pues como dice la definición, no se trata de un espacio delimitado sino de todo un conjunto de líneas y relaciones móviles que produce efectos de él gran trío en Foucault: poder, saber y subjetividad.

La lectura que hace Deleuze de Foucault tiende puentes entre ambos generando un agenciamiento en donde las obras de ambos interactúan.

En su lectura de los dispositivos, Deleuze tiende una multiplicidad de líneas entre la disciplina y el control que nos sirven para ver de qué modo va a mutar el poder. Deleuze entiende los dispositivos estirando las posibilidades de estos en forma de redes sin centro, una continuidad múltiple y abstracta que redistribuye el dispositivo.

Ejemplo de esto es el panoptismo. Deleuze ve que el dispositivo de vigilancia no solo se internaliza en los sujetos sino que entendiendo estos de forma más abierta la vigilancia se dispersa imperceptiblemente en “líneas de diferente naturaleza” a través de toda la sociedad en forma de una modulación constante del ver y el hacer.

Foucault aventuró esta idea del poder como una red pero Deleuze la convierte en flujo dándole elasticidad y plasticidad absoluta para dispersarse en incontables líneas heterogéneas entre las que aparece el sujeto como pliegue.

Rastrear este sujeto, entender sus líneas de fuga y desterritorializaciones es la nueva tarea. Nos introducimos de ahora en adelante en el reino de los flujos e intensidades, de los rizomas y agenciamientos múltiples.

Este capítulo ha servido para ver como Deleuze curva a Foucault, como los conceptos van deviniendo otros por el pensamiento, como dibuja líneas de fuga que nos dejan ver nuevos territorios. El dividuo, el flujo, las variables... Entramos de ahora en adelante en la era del control.

Capítulo 3: Deleuze y las sociedades de control

Nos adentramos a partir de ahora en un nuevo territorio. Incursionamos en el territorio del rizoma, de los flujos, de las intensidades.... Todo un nuevo plano ontológico que nos abre toda una miríada de posibilidades conceptuales para seguir la pista al poder y sus mutaciones.

En este capítulo nos adentraremos en la obra de Deleuze, basándonos en la exposición que hace de las sociedades de control en *Conversaciones* que nos permitirá asomarnos a una nueva concepción del poder, una nueva mutación que transforma la disciplina en control.

Para expandir lo dicho sobre el control en *Conversaciones* nos apoyaremos sobre toda la batería conceptual de *Mil Mesetas* con la finalidad de dar cuenta de todo el sustento ontológico que sostiene el control

El control, como veremos, realiza una sujeción más silenciosa pero omnipresente y total pero abordaremos también las propuestas del autor para la emancipación y la ruptura con los dispositivos del poder.

3.1 Post-criptum sobre las sociedades de control

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX nuestras sociedades fueron poco a poco experimentando un confuso paso en la distribución del poder. Todas las instituciones, identidades, encierros y dispositivos se van poco a poco haciendo más difusos e imperceptibles.

Con su *Post-scriptum* sobre las sociedades de control Deleuze nos advierte que “estamos entrando en sociedades de control, que ya no funcionan mediante el encierro sino mediante un control continuo y una comunicación instantánea” (Deleuze, 1995, p.147).

Con el régimen del control entramos en el reino molecular, todo un devenir que disuelve y reorganiza de forma descentralizada el poder. La clave de ahora en adelante no serán los moldes sino la modulación. Por modulación entendemos una nueva forma de operar del poder que es continua pero no estable, a diferencia del molde, y que, además, está continuamente ajustándose al sujeto y sus parámetros. La modulación, pues, pliega y repliega constantemente adaptándose a la información en tiempo real y de manera rizomática, es decir, heterogénea y descentralizada.

Los controles constituyen una modulación, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto. (Deleuze, 1995, p.151)

La modulación es, en línea con la cita, la forma de operación del control que lejos de buscar fijar o disciplinar al sujeto ahora busca modularlo mediante toda una corriente constante de datos y algoritmos.

Ha logrado completar el sueño disciplinario, la sujeción continua, pero para ello ha convertido sus redes en flujos multiplicando exponencialmente sus vértices hasta convertirse en una malla que lo rodea constantemente. Esto implica que ya no existe un afuera del control: tanto el entorno como el propio devenir del sujeto son susceptibles de

la modulación. El control, como torsión de la disciplina ha mutado y ocupado cada último resquicio del plano de inmanencia en que se gestan los sujetos.

El poder está ahora completamente descentralizado, su visibilidad es casi nula, formando un mapa o diagrama en forma de “un conjunto de líneas diversas que funcionan al mismo tiempo” (Deleuze, 1995, p.29). La virtud del diagrama es su forma amorfa, no necesita definirse sino actuar como una matriz operativa. La eficacia se afina cuando el poder se quita todo rostro visible porque es ahora capaz de maximizar la organización y producir más verdad, siempre entre lo visible y lo enunciable.

La modulación, como forma concreta del control, borra su rastro de todo para inscribirse en todo, pasando a convertirse en toda una lógica social. Es el panoptismo llevado a un nuevo nivel. El control opera de forma absoluta en todos los espacios e incluso en el tiempo pues el flujo incesante de datos le permite anticiparse continuamente generando una captura mucho más sofisticada.

Para ello el control tiene nuevos dispositivos o instituciones que son ahora abstractos y no compartimentados. “La empresa, la formación o el servicio son los estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, una especie de deformador universal” (Deleuze, 1995, p.152). Tales estados disponen al individuo a una actualización permanente pues nunca terminan, están siempre retroalimentándose y calibrándose.

Como resultado, que ya habíamos anticipado, la subjetivación que resulta como pliegue ya no es un sujeto concreto y totalizable sino una madeja de datos divididos, en constante codificación y decodificación siempre orientado a la operatividad. Este sujeto es el *dividuo*: “Los individuos han devenido dividuales y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o bancos” (Deleuze, 1995, p.152).

El sujeto deviene en portador constante de datos que va actualizándose y optimizándose en torno a todo un diagrama de mercados, formaciones, algoritmos... La obediencia pasó de moda con el control, todo lo que se necesita es que el flujo de datos continúe. El castigo pasó a mejor vida frente a la efectividad de la predicción y la optimización. Para el control el mundo se muestra bajo una trazabilidad constantemente actualizada entre lo posible y lo probable.

Para el sujeto controlado el mundo se muestra en términos de acceso: por lo que puede activar o desbloquear, por lo que es compatible según los protocolos o por la limitación

que genera el algoritmo. Las posibilidades son infinitas pero siempre administradas por el flujo de datos, no niega sino que modula constantemente.

Es por ello por lo que el control conecta de manera perfecta con el capitalismo moderno donde la empresa sustituye a la fábrica y las acciones a los bienes concretos. Todo se ha convertido en un flujo donde lo importante es la superproducción pues así se alimenta la circulación constante de datos. Lo importante ahora no son los bienes, la producción, sino los deseos y la manera en que estos son recogidos por el algoritmo, es decir el mercado.

Es un capitalismo de superproducción [...] No es un capitalismo de productos, es decir, de ventas o de mercados. Por eso es especialmente disperso, por eso la empresa ha ocupado el lugar de la fábrica. (Deleuze, 1995, p.153).

La empresa, frente a la fábrica, supone una apertura total del espacio que ahora es fluido y modulado. El trabajador industrial se vuelve una fuente de datos diversos que han de optimizarse, competir y adaptarse. Esto rompe con el paradigma individuo-masa de las sociedades disciplinarias que inscribía a los individuos en unas series que servían como moldes de comportamiento: soldados, enfermos, trabajadores...

Otra forma de control, relacionada también con el mercado, es el marketing que hace de los sujetos consumidores constantes y programables. El control que impone es constante e inevitable y es forzado a los sujetos de forma continua. No hay un lugar específico que lo ejerza, el marketing está en todo el exterior e interior del sujeto. La subjetividad aparece como una arruga en su plano.

Sintetizando lo dicho, el control busca condicionar constantemente rompiendo todo afuera y adentro. El poder ya no se impone en forma de ley sino como un constante flujo de datos y algoritmo que programa todo el sistema que constituye lo social. La distribución del control es total y anticipativa, no tiene centros sino que se nos presenta como un mapa de intensidad donde todo se desarrolla en forma de flujos. Es en ese mapa donde los sujetos aparecen como una forma de plegarse en tal plano.

Para finalizar este capítulo me gustaría hablar de la informática y la cibernética. Las máquinas, dirá Deleuze “expresan las formaciones sociales que las han originado y las utilizan” (Deleuze, 1995, p.153) que mejor manera hay entonces para comprender el control que a través de sus máquinas, permitiéndonos tomar un ejemplo menos abstracto para analizarlo.

En el régimen del control lo cibernético configura nuestra condición de acceso al mundo. Genera toda una topología de relaciones algorítmicas descentralizadas que el control emplea para su lógica dominante. Las máquinas en esta eran son algo más que herramientas, son generadores de flujos, de diagramas que configuran nuestro plano de existencia.

Lo cibernético es en este sentido mucho más que la suma de sus máquinas es toda una racionalidad autorregulable que distribuye la información por incesables flujos descentralizados pero conectados en todos sus nodos, tal como un rizoma.

Tiqqun, en su artículo *La hipótesis cibernética*, nos habla del llamado pilotaje cibernético. Este concepto hace referencia a toda una nueva mutación de la gubementabilidad que calibra y programa la sociedad.

El sistema de comunicación resultará el sistema nervioso de las sociedades, la fuente y el destino de todo poder. La hipótesis cibernética enuncia, de este modo, ni más ni menos, la política del “fin de la política”. Representa un paradigma y una técnica de gobierno a la vez. (Tiqqun, 2018, p.6)

Este “fin de la política” trae consigo una autogubementabilidad de lo cibernético donde el sistema no hace más que retroalimentarse con sus propios datos, optimizando a cada vez aquellas desviaciones en sus cálculos y anticipando con más precisión. Ciudadanos y sus entornos se vuelven interfaces, nodos constantes de datos. El Imperio no se mantiene ahora por su poder tangible sino que la gubernamentalidad se ha diseminado en una lógica cibernética.

La política ya no se fija en el sujeto sino en generar un entorno modelizado, basado en el flujo de datos que auto optimiza a los sujetos, la prohibición deviene en predicción y los sujetos en perfiles de datos.

Otro autor al que le llama la atención esta lectura de Deleuze es Alexander Galloway con su concepto de protocolo. Su concepto de protocolo alude a la nueva forma, sustituyendo a la burocracia, que el control emplea para ejercer su control distribuido. La distribución es un paso más allá que la descentralización disciplinaria pues ahora ya no hay centros gravitatorios de poder, pero todos los nodos siguen las mismas reglas y configuración. El poder se vuelve inmanente al protocolo, está en ninguna pero en todas partes, el control son las mismas reglas que configuran la realidad cibernética.

En cierto punto podríamos ver cierta herencia del panoptismo torsionado, solo que la visibilidad y vigilancia se han transmutado por el protocolo que con su conjunto de reglas no necesita vigilar pues el mismo es condición de posibilidad decidiendo quien puede y no conectarse, que veremos, por donde circulamos... El protocolo no es solo una lógica de poder sino que es la propia infraestructura técnica de nuestro mundo.

La gracia del protocolo es como llegados a este punto la máquina, ya no solo “expresa las formaciones sociales que las han originado y las utilizan” (Deleuze, 1995, p.153) sino que, yendo más allá de Deleuze, la máquina y la formación social se han hecho una a través del protocolo.

El mundo infraestructural de la cibernética y el social se mimetizan convirtiéndose el protocolo en un todo comunicando elementos heterogéneos estandarizando así toda interacción sin necesidad de centros de poder. La cibernética no es para nada neutral sino que la misma de forma en que regula, controla accesos y genera algoritmos controla el orden social.

On the Internet, the meaning of protocol is slightly different. In fact, the reason why the Internet would withstand nuclear attack is precisely because its internal **protocols** are the enemy of bureaucracy, of rigid hierarchy, and of centralization. As I show in this chapter, the material substrate of network **protocols** is highly flexible, distributed, and resistive of hierarchy. (Galloway, 2004, p.56)

El protocolo, como dice la cita, es enemigo de la burocracia pues es contrario a la forma de poder que el control ejerce. Esta es la mutación que el control ha realizado, ha prescindido de todo centro para asegurar un control. Las reglas ya no son externas y se internalizan sino que son constitutivas de la arquitectura de la realidad. Todo se juega en su campo, no se puede huir del control.

Ambos conceptos, el pilotaje cibernético y el protocolo, sirven para precisar con más riqueza el concepto de diagrama que Deleuze había abierto. De la mano de estos autores más contemporáneos hemos logrado matizar el diagrama mediante el que el control opera, el cual es un doble de la infraestructura técnica de nuestras sociedades. El poder ha pasado del campo arquitectónico a la infraestructura del código y el algoritmo.

Parece increíble que ya en 1990, año en que Deleuze escribió su *Post-Criptum sobre las sociedades de control*, Deleuze fuese capaz de aventurar el diagrama del control con tal precisión, aún con la cibernética como apenas un bebé por aquel entonces.

Deleuze supo ver en un mundo tan cambiante, con infinitud de posibilidades, que lógica subyacía a todos esos conocimientos y avances técnicos. Supo ver la nueva infraestructura del poder y representar tan acertadamente al control como su principio regidor.

El control es la nueva era, la era de la modulación. Los encierros dejan de ser necesarios cuando todo lo que nos rodea, la propia infraestructura del mundo nos modela incesantemente. Los sujetos aparecemos ahora como una mera arruga en todo ese mapa de protocolos de acceso, algoritmos y mecanismos de modulación. El ojo del gobernante ya no es necesario, todo se calcula y se anticipa, la vigilancia pasa a ser mera observación que se redirige a la red digital.

¿Qué podemos hacer en este mundo sin afuera, sin frontera de la esperanza? Es ahora el tiempo de la política del acontecimiento. No hay control que pueda capturar toda intensidad, todo afecto, todo deseo. El control quizás no puede ser derrotado, pero un flujo incesante de líneas de fuga lo desterritorializa. El control y la emancipación residen en el rizoma.

3.2 Rizoma, cuerpos sin órganos y la sociedad de control

Para adentrarnos en la sociedad de control y comprender la mutación del poder que esta representa es preciso zambullirse en la riqueza conceptual de Deleuze. Por ello vamos a visitar algunas de sus mesetas con el fin de reconfigurar e imaginar desde ellas el campo ontológico en el que el control se mueve. Quizás solo a la luz de estos conceptos podamos hacer una propuesta emancipatoria.

El primero de estos conceptos, y de los más importante en toda la obra de Deleuze, es el rizoma. Se trata de un concepto que describe un nuevo modelo ontológico: el de las multiplicidades abiertas, no centralizadas y no jerarquizadas.

Contrariamente a una estructura, que se define por un conjunto de puntos y de posiciones,[...], el rizoma sólo está hecho de líneas: líneas de segmentaridad, de estratificación, pero también línea de fuga o de desterritorialización como dimensión máxima según la cual, siguiéndola, la multiplicidad se metamorfosea al cambiar de naturaleza. (Deleuze, 2004, p.25)

En el rizoma no hay unidades, se rige por la ecuación $n-1$. Esto quiere decir que todo en él son multiplicidades relacionales: una indescifrable, pues nada en él hay que descifrar, madeja de líneas que se relacionan de manera heterogénea pero que todas conectan formando un modelo abierto.

Deleuze presenta el rizoma como un modelo opuesto al árbol. El árbol, semejante a su imagen en el mundo botánico es un modelo ontológico y de pensamiento vertical, con una única raíz de la que brotan ramas con una estructura binaria. Desde su único centro toda brota con jerarquía. Este modelo podríamos asociarlo al poder soberano.

Como sistema intermedio, pudiendo asociarlo con el poder disciplinario, tenemos la raicilla. La raicilla es un modelo parecido al árbol donde “la realidad natural aparece ahora en el aborto de la raíz principal, pero su unidad sigue subsistiendo como pasado o futuro, como posible” (Deleuze, 2004, p.11). La multiplicidad aparece pero sigue siendo subsidiaria de una estructura centralizada, o de cierto sentido de nodos centrales.

Volviendo al rizoma, que en muchas formas parece estar asociado al control. Tal y como hemos visto en el apartado anterior, el control encaja con el rizoma en tanto que este es “un sistema acentrado, no jerárquico, [...] sin General” (Deleuze, 2004, p.24).

Debemos alejarnos rápidamente de la tesis de que el rizoma es el control, hay que alejarse de la lógica binaria, del bueno/malo, del arriba/abajo. El mundo rizomático es mucho más complejo que el disciplinario, en él se albergan las mejores y peores potencias.

El concepto de rizoma es traído por Deleuze como una promesa emancipatoria, Haced rizoma! nos dice. Sin embargo tanto en *Mil Mesetas* como en *Conversaciones* nos encontramos con un Deleuze siempre prudente comprendiendo que “lo bueno no es nunca suficiente (por ejemplo no basta un espacio liso para vencer las estrías y las coacciones, no basta un cuerpo sin órganos para hacer frente a las organizaciones)” (Deleuze, 1995, p.28).

Me parecía importante aclarar este punto. Pese a que con frecuencia suele presentarse al rizoma como un concepto inherentemente liberador mi lectura de Deleuze me distancia de ello. Encontramos en numerosas de sus obras constantes referencias hacia la prudencia así como la constante idea de fondo de que el rizoma puede devenir en un fatal desenlace. Es precisamente esta ambivalencia, el hecho de que el rizoma no es ni bueno ni malo, lo que le da la potencia para poder escapar un sistema tan omnipresente y distribuido como es el control.

El rizoma y la línea de fuga no son, sino que se hacen y en este hacerse pueden ser capturadas y reconducidas o generar nuevos territorios emancipatorios. El control funciona en muchos sentidos como el rizoma, pero no es él, es un rizoma devenido en

dispositivo de captura autorreferencial. El rizoma es la figura de la liberación, pero el control es su doble ontológico como figura de la captura.

Podemos resumir en este sentido que el espacio del control es el espacio rizomático pero al mismo tiempo este espacio ontológico es uno de liberación, de la multiplicidad que es capaz de hacer línea de fuga. Es el territorio del control pero también es el territorio de lo inesperado y de lo no programado.

La conexión completa del rizoma le da una ventaja creativa pero también un sustrato perfecto para caer bajo el control. Su mapa puede ser uno que trace un devenir creativo pero también puede ser un diagrama de control. Solo desde el rizoma podemos liberarnos en el mundo contemporáneo pero su juego no es una apuesta segura.

Pasemos ahora a hablar de los cuerpos sin órganos, otro de los conceptos meseta de la obra. Los cuerpos sin órganos, o CsO. El cuerpo sin órganos, o mejor entendido como el cuerpo sin organismo es un concepto que viene a chocar de frente con la idea de un cuerpo restringido, lleno de significantes y automatismos donde todo deseo y línea de fuga esta referenciado a una instancia externa que vendría a formularlos como carencia.

El CsO es un cuerpo abierto al devenir, una estructura lisa como el rizoma, es un campo donde los flujos e intensidades no se fragmentan ni organizan en órganos, no entendamos órganos en la definición básica sino como significantes u organizaciones del cuerpo.

Para mantener esta apertura Deleuze dirá que el CsO siempre es un límite, no es algo obtenible pues no se puede llegar a un estado de completa desterritorialización, es un proyecto, una práctica o conjunto de ellas, un proceso experimental... Pero nunca un ente o una noción cerrada. “El cuerpo sin Órganos no hay quien lo consiga, no se puede conseguir, nunca se acaba de acceder a él, es un límite” (Deleuze, 2004, p.155-156).

En cuanto que límite el CsO es algo que se hace, es una experimentación constante. El CsO constituye un plano de pura intensidad, de deseo, de líneas de fuga que en su experimentación desterritorializan y desarticulan los órganos como piezas funcionales y cristalizadas del cuerpo. Pero nunca termina de hacerse, su virtud está en ser ese campo sin estrías, un campo inagotable donde el deseo y la potencia se mueven libres generando nuevas asociaciones y agenciamientos.

Hacer el CsO es una suerte de viaje interno, un desafío existencial de vida o muerte: Luchar contra todos los amarres que los significantes y el control producen sobre nuestros

deseos y potenciales. Esta empresa nunca termina: es un proyecto constante, pues toda línea de fuga acaba por ser capturada y controlada, un “combate perpetuo y violento entre el plan de consistencia, que libera el CsO [...] y las superficies de estratificación que lo bloquean o repliegan” (Deleuze, 2004, p.160).

En el contexto de las sociedades de control, donde cuerpo se encuentra dividualizado, fraccionado en datos trazables, el CsO puede hacernos salir de esa funcionalidad que nos convierte en cuerpos significados y estables. El campo de inmanencia del CsO nos trae una promesa de liberación, pero como todo en Deleuze no hay potencial sin riesgo.

Análogo con la exposición que hemos hecho del rizoma el cuerpo sin órganos como proyecto no está libre de peligro. Hemos de recordar como Deleuze hace resonar la prudencia detrás de cada concepto, haciéndonos ver que toda práctica política emancipatoria requiere de una praxis prudente y experimental que se ha de dar paso a paso. “No la sabiduría, sino la prudencia como dosis, como regla inmanente a la experimentación” (Deleuze, 2004, p.152).

En el capítulo de *¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos?* Deleuze nos advierte en varias ocasiones del peligro de esta práctica: hacerse un CsO es una cuestión de vida o muerte.

Los peligros van en dos direcciones, la primera es explicitada en Mil Mesetas y la segunda es una reflexión que realizaremos nosotros. La primera es la posibilidad de erradicar todo anclaje con la realidad, “un cuerpo sin órganos que rompiese todos los estratos” (Deleuze, 2004, p.162) que acabaría por devenir en un cuerpo de muerte. La potencialidad no puede convertirse en potencia pura pues necesita actualizarse para completar el ciclo: desterritorialización, territorialización, desterritorialización...

Hacerse un cuerpo sin órganos es una cuestión estratégica, es una praxis política en la que hemos de ir apoyándonos en puntos para ir deshaciendo los significantes y creando nuevos territorios. Lo importante es no cortar ese proyecto, ese flujo de deseo e inmanencia que no va mediado por el afuera o por la carencia.

La segunda surge de la reflexión del CsO en el contexto de las sociedades de control. Puesto que el CsO es ese espacio de inmanencia límite donde el deseo y los flujos asignificantes es precisamente un espacio muy susceptible de ser víctima de la máquina de captura del control.

Recordemos la advertencia de Deleuze que traíamos a la mesa apenas unas páginas atrás: “no basta un espacio liso para vencer las estrías y las coacciones, no basta un cuerpo sin órganos para hacer frente a las organizaciones”. El CsO no basta por sí sólo.

Su potencialidad de deseo puede ser capturada y redirigida a una lógica del consumo. El control es experto en moverse por espacios no estriados, espacios lisos como un desierto. Si bien ese campo de inminencia de deseo siempre existirá nos encontramos ante el riesgo de que toda fuga que emerja de él sea automáticamente recapturada y dirigida hacia la funcionalidad convirtiendo al CsO en una máquina consumista.

No hay liberación que no pase por el rizoma y el CsO pero lo clave de este capítulo es entender el riesgo constante en el que nos encontramos. La sociedad de control es una lucha ontológica de vida o muerte entre el deseo y la vida liberada y la captura funcional.

Deleuze no nos propone utopías pero nos da esperanza y las herramientas. Es labor nuestra tomar su herencia, su proyecto político, para trazar constantes líneas de fuga creadoras que eludan la codificación del control. Es en este espacio donde nos estamos jugando toda posibilidad de otro devenir.

3.3 Aparato de captura y de estado: dispositivos del control

Hemos visto en el capítulo anterior dos conceptos que nos introducen a la ontología deleuziana. El rizoma y el cuerpo sin órganos dan cuenta de la multiplicidad dinámica y heterogénea del ser. Hemos podido comprender el plano no estriado en el que ambos devienen y en qué medida esto puede servir o no para la creación de líneas de fuga y devenires inesperados. Nos hemos asomado a toda esa ventana de potencialidad y deseo libre que nos abre Deleuze.

Ahora en este tercer apartado vamos a exponer sus contrapartes, es decir aquellos dispositivos o aparatos que se encargan de capturar y redirigir todo ese campo de flujo y potencialidad para reducirlo operabilidad en la sociedad de control.

Lo interesante del análisis del poder en Deleuze y Guattari es esta forma de analizar el poder sin partir de esencias o un centralismo sino comprendiendo, de manera análoga a Foucault, los dispositivos y aparatos del poder y la manera en que estos dirigen y capturan los flujos. Realizar una cartografía del poder.

El reto del poder para Deleuze es la de gestionar, segmentar y regular todo ese río salvaje y desbordado que constituyen los flujos puros que atraviesan a los sujetos generando estrías en una superficie plana para guiar toda esa potencialidad hacia sus fines propios.

El aparato de captura se encarga de generar líneas de segmentaridad que dividen y clasifican canalizando todo flujo, línea o intento de fuga en segmentos funcionales. La captura nunca crea, sino que se intercepta y reduce o cristaliza las multiplicidades. El estado es un tipo de aparato de captura que se encarga de organizar estos flujos sociales modulando la manera en que estos interactúan y matando todo su potencial creativo.

El estado como aparato de captura tiene una potencia de apropiación; ahora bien esa potencia no sólo consiste en que captura todo lo que puede, todo lo que es posible, en una materia definida como *filum* (Deleuze, 2004, p.440).

Filum, que significa hilo en latín es el hilo en el cual el estado organiza e inscribe los actos de captura de todos los flujos sociales. Se encarga de articular planos muy diferentes conectando todas las dinámicas sociales y fenómenos de captura. Este hilo es el lugar donde todo el estado como campo se articula: sus instituciones, las mecánicas sociales (incluso las más mínimas), economía, captura de los flujos deseantes... El filum es el espacio donde todo se sedentariza y codifica generando múltiples capas y signos.

El aparato del estado funciona en cierto sentido como un agujero negro que niega toda exterioridad a él. Todo ha de ser codificado y significado bajo su organización. Toda multiplicidad ha de quedar reducida a un binarismo que sea capaz de ser integrado.

“El aparato de captura constituye un espacio general de comparación y un centro móvil de apropiación” (Deleuze, 2004, p.451). Hacer apropiable lo que era libre y común y hacer comparable lo heterogéneo, el aparato de captura hace esta doble operación.

Comprendiendo cómo funciona el Estado para Deleuze vuelve a retumbar la mosca de la aparente neutralidad de los conceptos e instituciones tras nuestra oreja. Conceptos como La Tierra, El trabajo o la Moneda que se muestran como aparentemente neutrales son en realidad una línea segmentaria que reorganizan los flujos libres de actividad, territorio e intercambio organizándolos para generar una utilidad y un rendimiento. Es así como el estado teje su red de significancia.

Este es el movimiento de la captura. Imponer unidad donde había dispersión, fronteras donde había territorio nómada y estructuras en el libre devenir. Todos esos conceptos no

pueden quedar como exteriores a la organización estatal que está constantemente capturando todo devenir que se libere.

Hemos hablado hasta ahora del Estado y el aparato de captura de manera genérica. Sin embargo, ¿cómo funciona la captura en el capitalismo de nuestros días? O mejor dicho ¿ha mutado la captura en la sociedad de control? Partimos del punto de que para Deleuze el capitalismo contemporáneo el estado no sigue ocupando un punto central y gravitatorio. Los mercados, la cibernética y las mutaciones en el poder han generado un modelo más disperso, rizomático que se beneficia de la descodificación como motor. El capitalismo puede capturar esos flujos de deseo y reconfigurarlos sin segmentarlos, esa es su mutación específica.

Tenemos entonces que observar de qué manera captura el capitalismo, como ha variado desde el fuerte y central estado clásico. Es en este punto donde Deleuze introduce la axiomática capitalista, como modo específico de organización de los flujos en las sociedades de control. Lo clave para esta axiomática es que ya no precisa de mantener a los flujos codificados y organizados en un filum sino que es capaz, no sólo eso sino que es más eficaz, de controlar las multiplicidades sin arrebatárselas su potencial rizomático pudiendo expandir más su poder y reapropiarse de las capacidades de los flujos.

Así pues, los estados ya no son en modo alguno los paradigmas trascendentes de una sobrecodificación, sino los modelos de realización inmanentes para una axiomática de los flujos descodificados. (Deleuze, 2004, p.460).

En el capitalismo contemporáneo, o la lógica del control, el estado se rebaja de ser centro rector a un instrumento más subyugado a la lógica del protocolo y los flujos capitalistas.

Pero ¿qué es exactamente la axiomática capitalista? La axiomática es un concepto heredado de las matemáticas por la que Deleuze y Guattari entienden un conjunto de enunciados que no buscan interpretar ni dar sentido a los flujos, como leyes trascendentes. Sino que se insertan dentro de ellos estableciendo condiciones de circulación para estos en torno a lo que es útil al sistema. Por eso se llama axiomática, pues en matemáticas la axiomática son las proposiciones fundamentales sobre las que se construye toda teoría.

Son como las reglas técnicas de un sistema cibernético, no dictan lo que debe ocurrir como las leyes del estado sino que decodifican para controlar todo ese flujo de forma operatoria. Esta es la clave de la sociedad de control y el salto mutacional que da: es capaz de gobernar en el campo estriado dirigiendo sus flujos de manera magnética sin necesidad

de generar estriaciones. Esto le da una mayor eficacia de control a la vez que multiplica el tráfico de los flujos deseantes, cosa que va como anillo al dedo para la sociedad de consumo.

La axiomática capitalista es una “axiomática mundial, una ‘energía cosmopolita universal que derriba toda barrera y todo vínculo” (Deleuze, 2004, p.459). Deleuze resalta con esto algo que vemos ya en otros autores, la capacidad plástica e infiltradora del capitalismo que le permite infiltrarse como un líquido por las rendijas de todas las sociedades de globo, incluso si no son capitalistas. Esta es su naturaleza al navegar por los flujos, esta es otra de sus mutaciones específicas.

Ahora todo axioma es prescindible, viviendo en un constante estado de crisis como hábitat natural. Todo aquello que parezca superficie fija es contingente, no hay necesidad alguna más que la de la propia axiomática como modelo. En el capitalismo se da un darwinismo de los axiomas. Es por ello por lo que para Deleuze el capital no es un mero modelo económico, pues incluso los principios que aparentemente lo definen son dispensables si la marea del flujo lo requiere, lo único importante es que los flujos de deseo y dinero sigan siendo controlados.

Encontramos aquí un punto de ruptura con el marxismo, pues la profecía marxista del fin del capitalismo entrando en contradicción internas se muestra ahora como el propio motor funcional de su axiomática.

Esto casa perfectamente con el principio de modulación de las sociedades de control: ya no se prohíbe sino que se ajusta los flujos y datos desde algoritmos, interfaces... Se regula la intensidad, no se la suprime para codificarla. El poder ya no actúa desde fuera o desde dentro sino que se ha hecho uno con la inmanencia del flujo para capturarlo sin perder su potencial, pudiendo redirigir los flujos de deseo y toda potencialidad hacia sus fines.

3.4 Micropolítica y segmentaridad: formas invisibles de poder en la sociedad de control

Deleuze y Guattari realizan un movimiento en alianza con Foucault. Este movimiento es la revolución de lo micro, cambiar el foco desde los macrorelatos a una historia de los niveles más bajos e ínfimos, de lo molecular. El campo de batalla político cambia de escenario y ahora se da en las microrredes dispersas en todo el campo social. Poder y emancipación se van a jugar siempre en ese campo, donde el poder se relaciona con los deseos y subjetividades.

Para ello Deleuze y Guattari necesitan desarrollar todo un marco ontológico, que ya hemos ido descubriendo, así como descubrir toda una serie de conceptos que sirvan para cartografiar todo ese nuevo plano político.

Uno de estos conceptos clave para comprender como el poder se ejerce en la micropolítica es el de segmentaridad. Hemos introducido este concepto ya en el capítulo anterior pero sin desarrollarlo correctamente.

Cuando se habla de segmentaridad entendemos esas líneas que segmentan, organizan y dividen los flujos sociales, y de la vida en sí misma, haciendo del hombre un “animal segmentario” (Deleuze, 2004, p.214). Bajo el poder toda existencia social esta segmentada, estratificada, organizada. Los segmentos van un paso más allá que los moldes de Foucault pues no nos moldean sino que constituyen el esqueleto social, son el propio protocolo social.

Toda acción y concepto humano esta segmentarizado sirviendo como una regulación al tráfico de flujos. No es sólo una técnica sino la articulación básica del poder, su condición de existencia política es dirigir esos flujos.

Deleuze nos describe dos formas de segmentarizar. La primera es la llamada segmentaridad molar, que es básicamente la que hemos expuesto en el capítulo anterior. Es una segmentaridad más visible y dura actuando a gran escala mediante los grandes aparatos políticos, la segmentaridad de la macropolítica. Sus líneas nos segmentan binaria, circular y linealmente. Binariamente en tanto que impone binarismos que estructuran nuestra subjetividad y vida social: hombre mujer, sano enfermo, niño adulto... Circularmente para generarnos una esfera de pertenencia controlada como la familia, el barrio, la ciudad, el país... Por último linealmente estableciendo etapas codificadas en la vida social.

No nos pararemos mucho en este tipo de segmentaridad pero me gustaría dejar claro que no son de ninguna manera estructuras opuestas del poder. El mapa del poder y la manera en que los individuos son controlados y segmentarizados es por naturaleza heterogénea. Macropolítica y micropolítica no son enunciabiles la una sin la otra: “en resumen, todo es política pero toda política es a la vez macropolítica y micropolítica” (Deleuze, 2004, p.218).

El mapa del poder no es solo uno micrológico. Su mapa es un gran ecosistema donde incontables tipos de líneas y flujos circulan siendo presa de la homogeneización y segmentarización. Líneas de fuga, devenires imperceptibles, control molecular, segmentarización preindividual... Todo ello se da en el mismo marco de las grandes políticas y conceptos e interactúan de incontables formas dando lugar a todo un complejo esquema político.

Este es un punto que me gustaría resaltar como punto clave. Desde nuestro análisis de Foucault hemos visto como el cambio de paradigma político no implica una clausura de las formas anteriores sino una actualización, una mutación que integra las formas anteriores. De esta manera no se puede decir que el poder sea micro o macro sino que ambas son condición de posibilidad de la otra pues mientras que el poder se ejerce principalmente en lo micro este se consolida y genera significaciones en el nivel molar. Ambos niveles están comunicados y eso es clave para entender el poder en Deleuze, el tráfico entre la tierra y el territorio, entre los flujos y segmentos.

Dicho esto pasemos a la segmentaridad que temáticamente más nos interesa, la segmentaridad molecular. Esta es la segmentaridad que actúa sobre el presujeto, no sobre este constituido como sujeto y ciudadano sino en un nivel infraindividual, el nivel afectivo prepersonal. Se encarga de modular y orientar los flujos más imperceptibles y mínimos como las intensidades, deseos e interacciones sociales microscópicas.

Podríamos decir que es la forma predilecta de segmentarización del control, pues no prohíbe ni sus líneas son estables. Se encarga de modular todo el mundo de microflujos cambiando su red constantemente para mantener la eficacia y según el contexto. El poder molecular es difuso pero se encuentra de igual manera, entrelazado con el gran poder molar para asegurar el poder.

Cada centro de poder también es molecular, se ejerce sobre un tejido micrológico en el que ya sólo existe como difuso, disperso, desmultiplicado, miniaturizado, constantemente desplazado, actuando por segmentaciones finas, operando en el detalle y en el detalle de detalles. (Deleuze, 2004, p.228)

Para la segmentarización molecular, en las sociedades de control, es una cuestión sutil. Una cuestión de pequeñas líneas de modulación que se asientan en los flujos de afectos y deseos. Al no ser rígidos no encorsetan al individuo manteniendo su dinamismo pero gestionándolo como flujos de datos en trayectorias prefiguradas y actualizadas

constantemente. Esta forma de segmentar es en sí misma la modulación de la que hemos venido hablando hasta ahora.

La mutación en las sociedades de control nos lleva a segmentar de esta manera casi invisible, flácida, sin rigidez. Es una operación que forma el caldo de sustrato social, su axiomática. No prohíbe que no desear sino que lo gestiona, no está tan preocupado por la normalidad como de gestionar todos los flujos de deseo posibles: todo puede ser normalizado cuando la rigidez se borra.

Llevado al campo emancipatorio es aquí donde Deleuze hace una diferencia con el marxismo clásico. Para acabar con la opresión del poder no basta con denunciar la macroestructura, ni con hacer cambios individuales en los afectos y deseos. El poder es un mapa complejo y huir del conlleva una constante experimentación que inicia en la micropolítica y se expande a todos los niveles y estratos.

En el contexto de este trabajo la micropolítica es el lugar predilecto de batalla en las sociedades de control. Es el campo de la transformación, de las líneas de fuga pero también es un campo de peligro, de potencialidades fascistas, de muerte, de captura de los flujos del deseo. Lo imperceptible, lo mínimo ha de ser correctamente cartografiado para comprender los peligros y poder hacer una experimentación política emancipatoria.

Deleuze nos ofrece cuatro peligros para evitar a la hora del devenir creador. Una guía para deslizarnos sobre las líneas de fuga sin perder la prudencia ni el espíritu emancipatorio que augura la liberación del deseo.

El primero de los peligros es el miedo. No es muy difícil comprender a que hace referencia: el miedo a abandonar la superficie fija, los segmentos y estratos que nos dan estabilidad. Las categorías y estructuras preindividuales que nos sujetan y modulan son también centros de seguridad. Salir hacia la tierra traspasando las fronteras del territorio puede resultar aterrador

Huimos ante la huida, endurecemos nuestros segmentos, nos entregamos a la lógica binaria, seremos tanto más duros en tal segmento cuanto más duros hayan sido con nosotros en tal otro, nos reterritorializamos en cualquier cosa. (Deleuze, 2004, p.230).

El primer reto para la experimentación es salir del miedo, del terror a abandonar el sedentarismo que nos fija como sujetos. Salir de este miedo pasará por experimentar poco a poco sin saltar de manera temeraria.

La claridad, el segundo peligro, podemos asociarlo con la temeridad a la hora de experimentar. Las líneas de fuga y el rizoma, como hemos visto, no son apuestas seguras. Sus flujos contienen innumerables peligros y posibles cristalizaciones monstruosas, o incluso la posibilidad de la pérdida de toda identidad y punto de fijación: la caída en la esquizofrenia.

El peligro de la luz es cegarnos y ese es precisamente el peligro de la claridad, pasar de no ver a ver demasiado. Es el peligro de romper todo estrato, segmento y modelo quedando inmerso en una línea de fuga congelada que acaba por hacerse dogma.

A este peligro le sigue el poder. Con poder Deleuze hace referencia básicamente a lo que hemos expuesto hasta ahora es decir la modulación y la doble segmentaridad que el poder utiliza para controlar los flujos. “El hombre de poder no cesará de intentar frenar las líneas de fuga” (Deleuze, 2004, p.232).

Como ultimo peligro Deleuze nos advierte de como las líneas de fuga pueden agotarse, perder su potencial creativo y devenir en muerte. “Ellas mismas desprenden una extraña desesperación, como un olor a muerte y de inmolación, [...] pues tienen sus propios peligros” (Deleuze, 2004, p.232).

La clave en este peligro es entender como la propia naturaleza de la línea de fuga puede llevarle a la muerte. Su instinto destructor y rupturista, su “pasión de abolición” pueden volver a la línea de fuga una línea de muerte. Para evitar este peligro es clave entender que la experimentación se realiza con cautela, algún estrato mínimo hemos de crear para catapultar a las líneas de fuga a nuevos horizontes.

En resumen, y la tesis que me gustaría extraer de aquí, es que la lucha que propone Deleuze para las nuevas mutaciones del poder, para la sociedad de control, se realiza con los mismos elementos y campos que pueden destruirla.

Experimentar con las líneas de fuga no es un juego, en el sentido de tomárselo a la ligera, pero hay una dimensión que tiene que ver con el jugar, con la experimentación sin una finalidad preestablecida. Jugar con cautela a explorar nuevas tierras como un nómada, amar como se aman la avispa y la orquídea, ser como la Pantera rosa... La lucha política nunca ha estado tan cerca como nos la presenta Deleuze. En el rizoma la lucha política es la lucha por el todo, la vida misma está en juego.

3.5 La máquina de guerra y el deseo

Llevamos varios capítulos advirtiéndole de la capacidad de captura de la sociedad de control, entendiendo su doble juego en dos niveles: macropolítica y micropolítica. Hemos visto su capacidad de modular, de estructurar todos los conceptos y flujos según su conveniencia reduciendo toda vida a un protocolo de ella misma.

Es turno de exponer que esperanza queda para la vida, para los flujos impredecibles y el deseo que atraviesa a los individuos como un cometa incandescente.

Para cerrar la exposición de Deleuze he elegido exponer dos conceptos, máquina de guerra y deseo, para ver de qué manera las líneas de fuga pueden tornarse políticas y aumentar su valencia para escapar de todo control e inaugurar un acceso nomádico a la política.

Empecemos hablando del deseo. A lo largo del trabajo he expuesto de qué modo los flujos de deseo eran capturados y redirigidos, ahora expondré su potencia creadora, es decir, su capacidad de crear líneas de fuga. Lo mostraré de manera sintética a modo de presentación pues por sí solo el deseo podría ser una temática que copase un capítulo propio al completo. Más aún, podría sobrepasar lo requerido para un TFG.

Deleuze desarrolla su teoría del deseo como contraposición al deseo psicoanalítico. Porque el deseo para él no se muestra como carencia, como necesidad interpretable encadenada al enunciado. En el psicoanálisis, el deseo estaba atado a toda una red de significancia arrebatándole toda su vida y potencial creador. El deseo estaba constantemente blindado al objeto de deseo, disolviendo su línea de fuga en una flecha unidireccional hacia su objeto trascendente. Así, el deseo quedaba vinculado a un principio de sufrimiento, pues era entendido como algo generador de malestar por su dimensión de carencia: una desagradable sensación de falta definía así al deseo.

Cuando un rizoma está bloqueado [...], el deseo no pasa, pues el deseo siempre se produce y se mueve rizomáticamente. Siempre que el deseo sigue un árbol se producen repercusiones internas que lo hacen fracasar y lo conducen a la muerte; pero el rizoma actúa sobre el deseo por impulsos externos y productivos. (Deleuze, 2004, p.15).

Deleuze rompe la cadena del deseo haciéndolo rizomático, devolviéndole a su campo de inmanencia y liberándolo del predicado. El deseo se dice de multiplicidades: nunca se

desea esto o aquello sino un conjunto, un agenciamiento confuso que puede vibrar alrededor de cierto objeto pero nunca es colmado por este.

En *L'Abécédaire* Deleuze nos explica muy hermosamente como se da este deseo:

No deseo a una mujer, deseo también un paisaje envuelto en esa mujer, paisaje que no puedo conocer, que presiento y hasta que no haya desenrollado el paisaje [...] mi deseo no terminará. (Deleuze, 1988)

Enamorarse es quizás el mejor ejemplo de cómo Deleuze rehabilita el deseo. No deseamos a una persona generando una carencia sino que tal deseo es todo un agenciamiento colectivo de muchos paisajes, contextos, emociones, y otros deseos que generan una maraña. Todo deseo fluye en un agenciamiento y tiene esa potencia productora que no para de generar.

Somos máquinas de deseo pues construimos esos agenciamientos a través de incontables e indescifrables nexos heterogéneos que dan lugar ese a agenciamiento complejo que percibimos como el deseo, pero este nunca es de *una* cosa. El deseo está siempre moviéndose.

El inconsciente no puede inscribirse en un calco, hay que mapearlo y aun así nunca se termina. Cartografiarlo es entender sus líneas, como se dan sus agenciamientos pero siempre es un acto experimental, nunca uno interpretativo.

Este es para mí uno de los puntos más bellos de la filosofía de Deleuze y Guattari. Su reivindicación de deseo un deseo afirmativo, productivo y complejo no pasa por una mera crítica del psicoanálisis sino por toda una rehabilitación de su vida interna que, así, revive el mundo al mismo tiempo.

Desear es ahora, bajo esta perspectiva, una construcción. Esto implica que aunque, inconsciente, el deseo no aparece mágicamente sino que es producto de nosotros en cuanto máquinas deseantes. El deseo, pues, tiene valor intrínseco pues lleva en sí mismo un juicio constructivo, una percepción del mundo y un contexto inabarcable. El deseo guarda en su interior, por tanto, un potencial de ruptura del árbol y del control, un potencial de rotura y de salida a toda captura.

Sin embargo, y como Deleuze nos ha ido recordando constantemente, no podemos entender con esto que el espacio que abre el deseo es un espacio seguro, libre de todo poder como si de un bunker del inconsciente se tratase.

Una de las consecuencias de describirnos como máquinas deseantes es que la producción de deseo es siempre fruto de un proceso. En ese proceso el agenciamiento del deseo surge atravesada por multitud de líneas diferentes, el deseo nace en medio de un espacio social, técnico y de poder. En otras palabras, los *inputs* que recibimos para producir deseo surgen de nuestro entorno y en este sentido no hay deseo puro y no contaminado.

La tesis, repetida hasta la saciedad por Deleuze y Guattari para escapar al reproche de sostener un “naturalismo del deseo” [...], de que las máquinas deseantes sólo funcionan estropeándose, o de que el deseo sólo existe inserto en mecanismos sociales y en dispositivos [...] se convertía inmediatamente en el reconocimiento de que el deseo está preso desde el principio en esa maquinaria de normalización pre-, post- o extraestatal. (José Luis Pardo, 2014, p.348).

El deseo se convierte así también en campo de batalla: hay que ver sus líneas, sus devenires. No hay deseo salvaje sino que todo deseo está ensamblado. Hay que hacer una cartografía del deseo para entender qué flujos se ponen en juego en él.

El deseo tiene un increíble potencial pero puede tornarse monstruoso, un deseo fascista o paranoico, pero es precisamente ese potencial el que puede convertirlo en fuga. Hay mucho que trabajar en este campo.

En el contexto de las sociedades de control el gran problema del deseo no es su codificación sino precisamente su propia naturaleza constructivista. El capitalismo del marketing no necesita codificar el deseo ni segmentarizarlo sino controlar los flujos que llegan a nuestro inconsciente para hacer que el deseo caiga en el campo del consumismo.

El consumismo mata además toda capacidad crítica y emancipatoria del deseo pues lo inserta en una lógica de carencia incompletable generando un constante agenciamiento protocolizado para fluir en el campo de los productos y servicios.

Opino por esto que una de las tácticas vitales para liberar el deseo, especialmente con la incursión de la cibernética en todos los aspectos de la vida, es controlar de qué manera nos atraviesan los flujos para, en cierta manera, purgar el deseo de esta captura prenatal que hace el control de él.

Es aquí donde entra la segunda pieza clave de este capítulo, la máquina de guerra. La máquina de guerra constituye una fuerza colectiva, o un agenciamiento, que es capaz de

integrar e intensificar la potencia del deseo sin codificarlo. Es la máquina de guerra la que puede articular el deseo para organizarlo como táctica de fuga.

La máquina de guerra puede hacer esto puesto que su naturaleza es el nomadismo, la exterioridad al Estado y a todo tipo de codificación: “Axioma I: La máquina de guerra es exterior al aparato de Estado” (Deleuze, 2004, p.359).

La máquina de guerra tiene un potencial productivo, generando un plano donde el deseo se organiza sin estructurarse. Recoge la potencialidad del deseo como flujo cuando este se prolonga en su intención desterritorializante. Tal consistencia del deseo que logra escapar y ruge desde el exterior, desde el nomadismo, es la máquina de guerra.

Y es que tiene necesariamente esa naturaleza, exterior, y aunque si bien es cierto que puede ser capturada momentáneamente por el Estado, su lógica funcional es contraria completamente a la lógica de la interioridad. La máquina de guerra es “de otra especie, de otra naturaleza, de otro origen que el aparato del estado” (Deleuze, 2004, p.360).

Su constitución es rizomática, encontrándose en ese *entre* de la preposición “y” que delimita dos estados u organizaciones internas (María García, 2016, p.337). Es una máquina nomádica, de cambio a la que no le interesa la construcción desterritorialización.

Volvamos ahora a analizar su nombre. Pese a la aparente contradicción, el objetivo u objeto de la máquina de guerra no es la guerra misma, aunque con mucha frecuencia esta es “su suplemento” (Deleuze, 2004, p.417). Esta llamada a la guerra es su objeto primero sino que con frecuencia la máquina de guerra acaba topándose con la forma-estado, de tal suerte que el suplemento de la guerra acaba siendo necesario para estirar las líneas de fuga que este presenta.

Este principio es muy importante pues, como veremos, más adelante solo cuando la máquina de guerra es subyugada, o apropiada, tiene esta como objeto primero la guerra.

La naturaleza de la máquina de guerra son los espacios lisos, los afectos, los flujos de deseo: un agenciamiento nómada con velocidad indeterminada y trayectoria libre, pero que siempre está en movimiento puro. Si tal movimiento le lleva a la guerra o no es cuestión de la trayectoria que se defina, pero no podemos decir que sea su objetivo principal.

En cierta manera podría decirse que la máquina de guerra es la revolución (María García, 2016, p.337). De igual manera que una revolución, la máquina de guerra puede acabar

institucionalizándose, como el 15M, o deviniendo autoritarismo, o cayendo como un guerrero en combate, como los sucesos del Mayo del 68. De igual manera, la máquina de guerra nunca es en lo que se estratifica o el objeto que de ella resulta sino ese *entre*, ese momento de agenciamiento colectivo de afectos, deseos y flujos sociales que se articula tácticamente como afuera.

Este es el punto clave y con el que nos hemos de quedar a la hora de comprenderla: la máquina de guerra no es violenta, ni pacífica sino que es ese devenir colectivo que se organiza y no se deja capturar. Su organización no es jerárquica ni define una trayectoria sino que realiza un movimiento circular, una torsión que expresa la vida de los flujos que la atraviesan.

“Sólo el nómada tiene un movimiento absoluto, es decir, una velocidad; el movimiento en torbellino o giratorio pertenece esencialmente a su máquina de guerra” (Deleuze, 2004, p.386). En su torbellino, todos los flujos se conexionan tomando fuerza conforme gira, desterritorializando sus flujos en un movimiento de huida, pero de huida creadora de nuevos espacios, de nuevas sendas para el deseo.

Esta lógica nomádica giratoria le hace incapaz de tomar el poder, en tanto que máquina de guerra, es por ello por lo que su choque es siempre un desvío o choque lateral. El choque frontal con el poder implicaría jugar en sus términos: la máquina de guerra lucha de forma desterritorializante, bajo la creación de nuevas formas de vida.

Aclarado más a fondo en qué consiste la máquina de guerra volvamos en este punto a las sociedades de control para contextualizar su devenir en esos espacios y a qué peligros puede enfrentar ahora que el espacio ha dejado de estar estriado.

En las sociedades de control la línea entre la máquina de guerra y el estado, o lo construido, se vuelve difusa. Recordemos que el control ya no opera principalmente desde lo molar y tiene una deriva hacia un control molecular, un control especializado en espacios lisos y abiertos.

La modulación se convierte en el mayor peligro de la máquina de guerra pues nada en ella es fija, es capaz de cambiar todo principio generando una estriación modulativa de tipo blando que es capaz de parecerse a los espacios lisos.

“Aunque sin duda Deleuze y Guattari ya lo habían teorizado en el *Anti-Edipo* ahora la alerta hacia una ‘contrarrevolución molecular’ era del todo patente” (José Luis Pardo,

2014, p.349). En el dominio del control lo molecular esfuma un aroma sospechoso, ya nunca volverá a ser un territorio necesariamente seguro para el nómada.

La máquina de guerra se encuentra ante un doble peligro. Uno es la integración en el estado o en el régimen de control perdiendo fuerza de giro y siendo capturado. El otro es un peligro mucho más sutil, lo denominaremos la *pérdida de sentido nomádico*.

Esta pérdida de sentido se da ante la posible incapacidad de distinguir flujos capturados de flujos libres de deseo. Ahora que el desierto, el terreno liso, está colmado de modulaciones invisibles y de flujos de control, la máquina de guerra puede estar infectada o defectuosa por flujos de márketing o estrategias de control moleculares que son en ocasiones indistinguibles de los flujos puros de deseo.

Mantener la máquina de guerra viva, con su velocidad de giro y potencial positivo pasa por ser tácticos y examinar de qué modo se alimenta su agenciamiento para evitar que la lucha sea capturada.

En consecuencia, vemos cómo la apropiación de la máquina de guerra por el control es de carácter muy sutil. Esta muta para infectarla como un cordyceps controlando de qué forma se desterritorializa para apropiarse luego de ese nuevo territorio. La naturaleza abierta y flexible del control le permite expandirse de esta manera haciendo uso del rizoma para ir mutando y actualizando su estructura.

La resistencia deleuziana en el deseo nunca ha sido más compleja. Sin embargo, tal y como él nos enseñó, allí donde está el mayor de los riesgos está también la mayor de las recompensas, es una cuestión de lucha por la vida en sí misma. El deseo sigue siendo posible pero hay que revivir la labor cartográfica para aprender a desear de otro modo.

Conclusión: Axiomas del poder y rehabilitar la vida.

La intención de este trabajo ha sido seguir al poder, rastrearlo, intentar comprender algo sobre su funcionamiento al hilo de las mutaciones que este ha ido haciendo desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

Sin embargo, no parece que hayamos sacado más que recortes sobre el poder. Desde la mano y ojos del Leviatán bajando por la sangre del pobre Damians se precipitaba el poder del soberano que con su lema “hacer vivir o dejar morir” y nos mostraba un poder espectacular, visible y fácilmente rastreable. El poder soberano no se escondía y se

exhibía en un desfile de castigo y violencia que nadie debía olvidar. Sin embargo, casi ninguno de estos rasgos se muestra en la siguiente mutación. El poder disciplinario parece humanizarse, hacerse silencioso pero, como hemos visto, solo era un rasgo mutacional, un cambio de lógica para enraizar más aun a los sujetos en la disciplina produciendo cuerpos y almas dóciles a partir de múltiples moldes que conformaban al sujeto. En este contexto, vimos también el panoptismo como el diagrama propio de la disciplina, para analizar ese movimiento de la visibilidad hacia el interior de los sujetos llegando al culmen del poder disciplinario en la consecución de la plena autorregulación. Continuando nuestra senda, seguimos la genealogía del poder de Foucault para atravesar una última mutación con el biopoder. Esta forma de poder nos introducía en una nueva lógica: en vez de moldear a los sujetos, se gestionan poblaciones enteras. El foco del poder pasa a regular la vida y sus procesos biológicos desarrollando toda una ciencia de ella.

Por último llegábamos a Deleuze que nos presentaba las sociedades de control como la forma mutacional contemporánea. Vuelve a mutar el poder, pasamos de los moldes a las modulaciones, de los individuos a los dividos y de los encierros a los accesos y algoritmos. Lo fundamental aquí es que en el control todo se moleculariza de tal modo que el poder pierde toda característica visible, como instituciones o centros de poder, y se inscribe en la propia axiomática del sistema. Ya no se necesita disciplinar ni regular sino modular con el algoritmo y la trazabilidad. El poder cambia de terreno al mar de flujos, al seguimiento de datos y consumos.

Llegados a este punto final, ¿Qué podemos decir nosotros del poder? Puede parecer confuso o incluso imposible enunciar nada acerca de él, especialmente a la luz de su variabilidad de conjugaciones.

Sin ánimo de agotar su estudio, creo importante estudiar al poder cartografiándolo, voy a enunciar unos cuantos puntos a modo de mesetas que puedan aportar cierta luz sobre el viaje que hemos realizado por sus transformaciones históricas.

Punto 1. El poder es lo opuesto a la vida.

Allí donde haya poder puede decirse que hay vida. Queda a interpretación del lector y esta puede existir sin poder, cosa que no me atrevo a afirmar ni negar. Lo que está claro es que no puede haber poder sin vida.

Con vida no me refiero a la existencia biológica, ni a los individuos, ni siquiera a una concepción poética de esta. Comprendo la vida como exceso, como devenir absoluto, fuente flujos incontables de afecto, deseo, amistad, sexo, amor... La vida como forma de producción absoluta, la vida como forma rizomática y desorganizada. La vida por sí misma es in-interpretable, enuncia constantemente sin enunciar nada en concreto.

Allí donde está la vida está el poder, como la entropía con la energía. En este sentido, hemos visto que en todas las mutaciones descritas el poder dirige, somete, coagula la vida. El poder inscribe la vida en un marco, la distribuye. Todo poder reduce la vida a unas formas concretas: dividuo, ciudadano, población, súbdito... El poder genera una lógica de lo muerto, de lo ya dicho.

Frente al acontecer de la vida, el poder responde transcribiéndola en su propio código. Con ello no quiero decir que la vida ha de ser sin poder, sino dejar claro esta enemistad ontológica entre ambos.

Punto 2. El poder carece de dueño. Es una amalgama sin forma.

¿A quién pertenece el poder? Generales, obispos, caciques, reyes, presidentes, emperadores, capitalistas... De todos ellos se dice que poseen poder. Pero si algo hemos podido extraer del trabajo es que el poder es mucho más que estatus o control.

El poder es a nuestro parecer es mucho más que eso. Foucault, con su bisturí genealógico, y Deleuze, con su análisis ontológico, nos dejan la lección de como el poder es mucho más de lo que podemos ver.

El poder es un plano ontológico que se ejerce entre, y es clave este entre, elementos tales como los individuos, los saberes, las instituciones, los discursos, los conceptos... El saber genera una red o diagrama de relaciones y multiplicidades, no un esquema de A->B. Se desliza entre los cuerpos, las palabras, sus dispositivos, es una amalgama de líneas silenciosas que se emancipa hasta cierto punto de sus protagonistas para operar silenciosamente.

Punto 3. El poder produce mundos.

La concepción política racional analiza al poder desde su aspecto negativo. Durante cientos de años se ha entendido al poder como la capacidad de prohibir, de legislar, de reprimir. Su nombre evocaba la imagen de una fuerza capaz de imponerse para regular o someter a otros y que sirvió como cemento para las sociedades humanas.

Nuestra opinión es muy distinta pero mucho más inquietante. El poder no solo actúa como fuerza negativa sino que lo que lo caracteriza es su potencial positivo para fabricar las redes de lo real.

El poder actúa como los humanos, no tiene un ecosistema propio pero precisa de fabricarse uno para sí. Todo poder, todo régimen no sobrevive sin configurarse un mundo. Con mundo nos referimos a generar una realidad, una verdad, unos muros de simulacro y como punto más terrorífico un sujeto.

Foucault fue el primero de percatarse de esto, la idea de que el poder no se impone a un mundo dado sino que constituye una red de verdad, un régimen ontológico que reordena los flujos.

La producción de subjetividad es la más sofisticada de las técnicas del poder. Hemos visto múltiples modos: el sujeto disciplinario y sus moldes, la vida biopolítica y sus estadísticas, el dividual y su modulación... Todo régimen de poder se apoya en una batería de dispositivos para moldear a un sujeto a partir de la multiplicidad rizomática que preexiste a él.

Sólo de esta manera es el poder capaz de crear estratos, control, disciplina, sociedad a partir del plano de inmanencia nomádica que precede a lo sólido. En resumen el poder no solo actúa sobre un mundo sino que lo forma, hace un territorio.

Ante esta idea solo nos queda agudizar nuestro sentido filosófico, sacar filo a nuestro armamento crítico para ver que parte de nuestra construcción, de lo que sabemos o decimos está atravesada por las invisibles líneas de poder. En el mundo del poder nada es neutral.

Punto 4. El poder es innatamente mutacional.

Para oponerse a la vida el poder necesita constantemente mimetizarse con ella, estar entre sus flujos. Un punto fundamental de este trabajo ha sido seguirlo a través de sus mutaciones viendo como esta producía nuevos mundos con sus subjetividades, dispositivos, entidades propias.

Hemos visto como el poder traicionaba una y otra vez todo principio que parecía pertenecerle hasta llegar a una mutación tan sofisticada como el control. En su ADN está esa reconfiguración constante como una bacteria que va desarrollando resistencia.

A lo largo de este viaje por sus mutaciones hemos visto como el poder es cada vez más irrastreable, camuflándose entre la vida de formas cada vez más silenciosas y efectivas pero dirigiendo sus flujos sutilmente. Hemos visto como pasaba de exhibir su visibilidad a esconderse en los colegios, en la estadística hasta llegar a la modulación omnipresente que constituye hoy.

Con la introducción de la cibernética las redes de poder se han expandido hasta tal punto que ha fabricado un mundo predecible, donde la vida es secuestrada sin darse cuenta para seguir una red modulante que no se ve.

No me meteré en futurología para hacer predicciones sobre si la batalla contra el poder es una ganada o perdida, o si vida y el pueden coexistir. Sin embargo creo que frente a la potencia mutacional del poder hemos de hacer que la vida avance más rápido.

Si el poder evoluciona para controlar los nuevos flujos y líneas de fuga solo quedará seguirlas construyendo, seguir deseando a una velocidad mayor que el coeficiente de mutación del poder. Enfatizar el potencial desterritorializante aunque toda tierra acabe siendo territorio pues lo importante en ese acto es la fuga en sí.

Punto 5. ¿Es el poder un virus?

Las ideas de William S. Burroughs sirvieron de inspiración para Deleuze para desarrollar el concepto de control. Hoy sin embargo no quería terminar sin traer una de sus tesis más disparatadas.

Burroughs era un hombre paranoico, obsesionado con la virología, pero quizás sólo un hombre así puede hacer aparecer una metáfora tan potente como la del virus para hablar del lenguaje. Su idea era que el lenguaje era un virus externo que genera una infección simbiótica con el humano.

Así el lenguaje nos hace desarrollarnos y darnos capacidad para comunicarnos pero al mismo tiempo genera un lenguaje que nos controla en todos los sentidos: pensamiento, sentimiento, afectivamente... El lenguaje se convierte en un virus biológico inscrito en nuestra carne.

My basic theory is that the written word was literally a virus that made spoken word possible. The word has not been recognized as a virus because it has achieved a state of stable symbiosis with the host. (Burroughs, 2005, p.5)

Mi punto personal está en transferir esta imagen del virus al poder.

La imagen virológica resume muchos de los puntos que busco defender. El poder como un virus que invade desde el exterior a la vida, mutándose y adaptándose para vivir en el huésped.

Esta infección es capaz de alterar nuestros sentidos como de espacio y tiempo generando todo un mundo para el huésped. Su simbiosis benigna ha permitido al humano avanzar, generar estratos allí donde solo había multiplicidades dinámicas.

El punto de resistencia será desde esta tesis quizás descabellada no huir del virus sino convivir con él intentando sabotear sus mutaciones y líneas de replicación. Sin comprometerme necesariamente a tomar todas las tesis de Burroughs creo que la metáfora del virus puede ser el tren final en nuestra genealogía del poder.

Punto 6. El poder siempre deja un resto que no puede tragar.

El poder puede ser lo opuesto a la vida, pero esto implica a su vez que como par ontológico la necesita. El poder necesita mantener a la vida con vida, válgase la redundancia, pues este se retroalimenta de sus flujos y líneas de fuga.

Si bien necesita mantener a esta acotada, diseccionada y enunciada para evitar su fuga nomádica siempre queda un resquicio de apertura, el poder no puede capturarlo todo. Todo plano de poder tiene sus fallos, sus torsiones, sus fisuras por donde la vida brota en un flujo imperceptible.

Aunque las líneas de fuga no se manifiesten como huidas gloriosas todo sistema y lengua tiene sus huidas. Un deseo, un poema, un amor, una revolución, una idea... El poder siempre tiene sus zonas oscuras, espacios de actividad nomádica que escapan del modelo.

Debemos viajar en esas gotas que escapan del cauce del control, en las gotas de saliva que escapan del discurso o en la colorida imaginación del niño. Quizás nunca se trató de vencer al poder sino buscar esas gritas donde no ha logrado posarse.

Tal vez solo ahí, en la línea de fuga residual que el poder no puede codificar, respire la última posibilidad de la vida: en un cuerpo que no encaja, en el tartamudeo o en el error de cálculo.

Bibliografía

-Burroughs, W. S. (s.f.). *The electric revolution*. Ed. Ubu Classics.

-Deleuze, G. (1987). *Foucault* (J. Vázquez Pérez, Trad.). Ediciones Paidós Ibérica.

-Deleuze, G., & Parnet, C. (1988). *El abecedario de Gilles Deleuze (entrevista transcrita)*. Esquizoanálisis. Recuperado de <https://esquizoanalisis.com.ar/deleuze-gilles-abecedario-1988-subtitulado/>

-Deleuze, G. (1995). *Conversaciones: 1972–1990* (José Luis Pardo, Trad.). Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

-Deleuze, G., & Guattari, F. (2004). *Mil mesetas* (José Vázquez Pérez, Trad.). Ed. Pre-textos.

-Deleuze, G., & Guattari, F. (2008). *Dos regímenes de locos: Textos y entrevistas (1975-1995)*. (José Luis Pardo, Trad.). Ed. Pre-textos.

-Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía* (C. R. Molinari Marotto, Trad.). Amorrortu Editores.

-Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (Aurelio Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI Editores.

-Foucault, M. (1980). *El ojo del poder*. En J. Bentham, *El panóptico* (J. Varela & F. Álvarez-Uría, Trads., pp. s/p). Ed. La Piqueta.

- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población* (Horacio Pons, Trad.). Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber* (Ulises Guinazu, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Galloway, A. R. (2004). *Protocol: How control exists after decentralization*. MIT Press.
- García Pérez, M. (2016). *Erosofía y caosmunidad. Pensar la comunidad desde el vínculo entre G. Deleuze y G. Bataille* [Tesis doctoral, Universidad de Granada]. Universidad de Granada.
- Pardo, J. L. (2014). *A propósito de Deleuze*. Ed. Pre-Textos.
- Tiqqun. (2018). *La hipótesis cibernética*. Rescatado de: <https://tiqqunim.blogspot.com/2013/01/la-hipotesis-cibernetica.html>